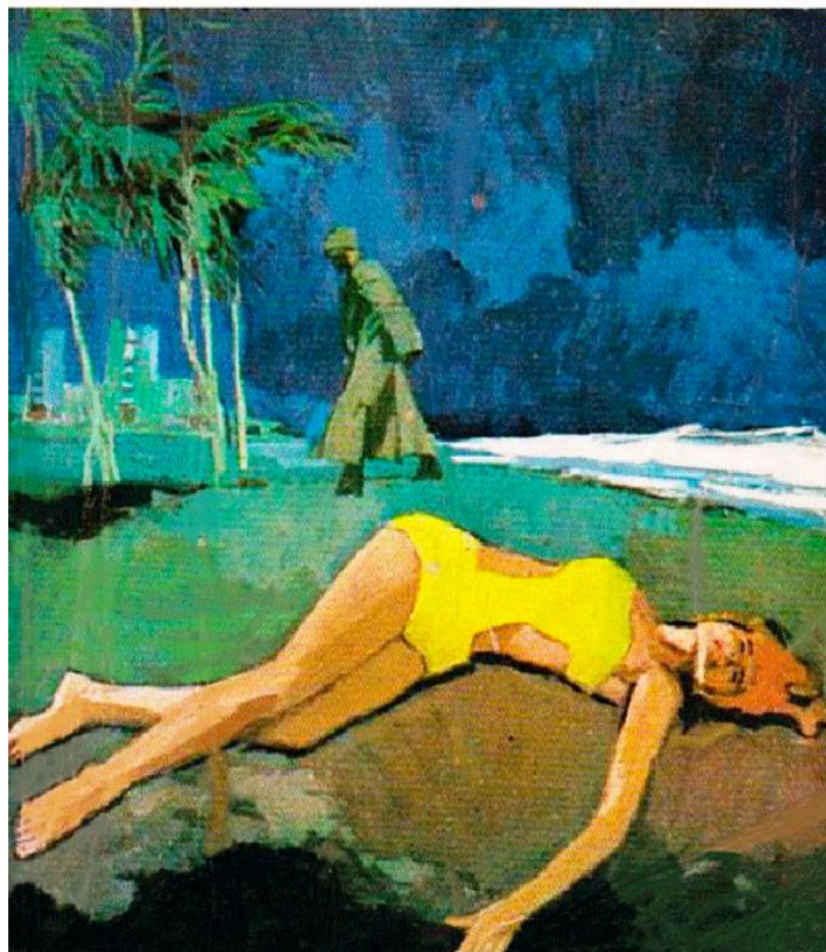


dorada piel de alacrán

CURTIS GARLAND



COLECCION

PUNTO ROJO



YA ESTA A LA VENTA
LA NUEVA SERIE

SELECCION

TERROR

Creada para aquellos
lectores que poseen nervios de
acero y no temen traspasar las fron-
teras de lo irreal y adentrarse en
un mundo desconocido, aterrador
como una pesadilla, apasionan-
te como la más increíble de las
aventuras.

CURTIS GARLAND

**DORADA PIEL
DE ALACRAN**

Colección **PUNTO ROJO** n.º 604
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

Déposito legal: B 35.925 - 1973

ISBN: 84-02-02520-X

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: noviembre, 1973

© CURTIS GARLAND - 1973

texto

© DESILO - 1973

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1973

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.212. — Madrugada mortal.

En Colección PUNTO ROJO:

596. — Harlem Story.

PRÓLOGO

Alta, atlética, rubia...

Poderosa como un vikingo. Espléndida como una walkiria. Había algo de wagneriano, algo de mitológico en aquella figura vital, exuberante, arrolladoramente femenina, que brotó de las aguas, como hija dorada de Neptuno o como heraldo voluptuoso de un nuevo Lohengrin, caballero en su cisne.

Sólo el bikini breve, brevísimo, minúsculo incluso, desentonaba en aquella perfecta y viva estatua de carne, bronceada por soles costeros y litorales de suave brisa marina.

El resultado de todo ello, a la salida del agua, era impresionante. Había mucho de majestuoso en aquella nueva diosa de una moderna Mitología nórdica, hecha de turistas y viajeros con *traveller checks*.

Sigrid Hasse, a fin de cuentas, no era una maravillosa criatura de las profundidades, ni una enviada de los dioses germánicos o del Norte. Era, simple y llanamente, una turista.

Una bellísima deportiva y atrayente turista escandinava, amante de la inmersión.

Alzó las gafas subacuáticas, y agitó la cabeza. Su dorada cabellera corta despidió agua copiosa. Con un gesto risueño, exultante de vitalidad, avanzaron sus pies desnudos por la arena.

Era una pequeña cala solitaria entre salientes rocosas, rematadas por pinos marinos y frondosos arbustos. Subiendo un angosto sendero entre peñascos y coníferas, se alcanzaba la carretera de la costa, un serpenteo de asfalto, orillando el bello litoral.

Al pie del sendero, Sigrid tenía su toalla multicolor, su bolsa y su sombrilla a topos policromados. Hacia allá se encaminó la hermosa nórdica.

Sus pies descalzos iban dejando huellas en la arena. Su mirada azul, límpida como el cielo vespertino en la costa, se mantenía fija

ante sí, en el horizonte elevado, de pinos, rocas, arbustos y carretera asfaltada.

Vio, distraída, el coche aparcado, tras los troncos de unos coníferos. Una furgoneta de vivos colores, con rótulos polícromos en su carrocería, sobre un brillante fondo amarillo limón. Algo más allá, otro coche aparecía en la cinta de asfalto. Era un modelo deportivo bastante anticuado. Avanzaba algo renqueante, como si le fallara algo en el motor. Terminó deteniéndose, algo más allá, en una curva de la ruta que, como amplio balcón natural, asomaba a la playa. Sigrid sonrió, al ver saltar a tierra a un hombre alto, joven y de largo cabello desordenado, que parecía bastante furioso por el percance.

Soltó una risa la hermosa turista, al tiempo que seguía avanzando por la arenosa herradura de la cala, con su atlética zancada de mujer deportiva. No vio las piedras. Las pisó, descuidadamente.

Y pisó también al alacrán.

El arácnido emitió un chirrido agrio. Se agitó, disparando rápido su cola ambarina y brillante.

El aguijón picó la pierna bien torneada, bronceada y firme, de la nórdica joven. Brotó la sangre súbitamente. Y corrió por el tobillo, hasta su pie repentinamente paralizado. Sigrid Hasse dilató sus ojos. El agudo dolor del ponzoñoso impacto, la hizo gritar, con un escalofrío. Contempló al virulento animal con asombro, bajando su rostro al suelo.

El alacrán se movía, furioso, sobre la arena dorada.

Y de repente, la arena se tiñó de rojo.

Primero fueron una, dos, tres gotas. Del picotazo del alacrán en el tobillo de la seductora bañista.

Luego...

Luego, fue un horror de sangre. Un torrente escarlata, en medio de desgarradores alaridos de agonía.

No era el alacrán. No podía ser el pequeño y ágil arácnido quien destrozara así a la rubia víctima. Otra forma incisiva, dorada, descargaba ahora sus tajos de muerte sobre aquel cuerpo voluptuoso e indefenso.

Un sibilante rasgar de aquel enorme aguijón metálico, en forma de garfio, surgido súbitamente de detrás de la sombrilla

policromada, hendió la garganta de la muchacha, de lado a lado.

Ella desorbitó sus ojos. Los labios se abrieron. Ni una palabra brotó de ellos. Sólo un estertor. Un gorgoteo ronco, entre burbujas sanguinolentas. Del cuello hendido, corría la sangre tumultuosa, a lo largo del cuerpo de curvas espléndidas, sacudidas ahora por los espasmos mortales.

Miró con ojos ya vidriosos a su fantástico asesino. El dorado garfio hizo otro corte ya innecesario, ensañándose en la víctima, sobre su abdomen. Ya Sigrid Hasse, la desdichada turista, con la mirada petrificada en el pequeño alacrán que aún corría ante sus pies, se desplomó pesadamente sobre él, sobre las piedras y la arena...

Aquel cuerpo, antes lleno de vida, ahora sangrante despojo, aplastó bajo su peso el ambarino escorpión.

Debieron morir ambos, mujer y arácnido, casi al mismo tiempo.

Sobre ellos, un gancho de metal amarillo, al extremo de un brazo humano, goteaba sangre. Y se alejó goteando aquel denso escarlata, crujiendo en la arena cálida los pies rápidos del asesino.

Evidentemente, no era su día de suerte.

No es que últimamente fuera demasiado buena su fortuna. Pero aquel día, era el peor de todos.

Kirk Lester había estado pensándolo así, incluso antes de que se le estropease el motor del viejo «Jaguar» de tercera o cuarta mano, adquirido en un cementerio de coches viejos, allá en Inglaterra.

Ahora, con el coche parado e inútil, su convicción era aún mayor. Nada le salía bien aquel día.

Primero, fue aquel policía de tráfico, empeñado en confundirle con un traficante de drogas perseguido por la ley. Después, la estupenda chica del *snack bar* en la carretera, dispuesta a subir con él en el coche... hasta que la inoportuna llegada de su novio, profesional del *catch*, le puso en prudente retirada.

Y ahora, el motor averiado. El viejo «Jaguar», convertido al inmovilismo.

—¡Maldita sea! —refunfuñó, irritado. Y pegó un golpe seco en la carrocería roja de su vehículo—. Seguro que todo me sale mal hoy...

Se limpió la mano manchada de polvo, del acumulado en la

carrocería. Paseó en torno a su coche, con las manos hundidas en los bolsillos. Estudiaba el inmovilizado vehículo, sin saber qué hacer. Luego, se inclinó sobre él y alzó la capota, poniéndose a examinar el motor.

Apenas se inclinó, descubrió la mancha amarilla entre los pinos, allá en el acceso escalonado a la playa. Se quedó encogido, con aire pensativo.

—Bueno... —murmuró—. Furgoneta comercial. Tal vez su dueño pueda ayudarme.

Se irguió, caminando en torno a la barandilla, asomada al barranco que iba a morir en la playa. Muchos vehículos pasaban vertiginosos. Ninguno se detenía. Seguían adelante, veloces, rugiendo sus poderosos motores. Su mayor esperanza seguía siendo aquella furgoneta de alegre colorido. Y hacia ella caminó, resueltamente, pegado siempre a la barandilla de la curva, para estar a prudencial distancia de los coches que transitaban por la cinta de asfalto.

Antes de llegar a la furgoneta descubrió a su conductor.

Era un raro personaje, incluso visto de espaldas. Caminaba encorvado, por lo que no podía estar muy seguro de su estatura real. Además, el larguísimo guardapolvo de material plástico intensamente amarillo, llegaba hasta los tobillos. Abajo, se veía el brillo de unas botas negras, quizá de caña alta. Por encima, la cabeza se cubría con una gorra verde como de algún uniforme, pero encasquetada hasta las orejas. Y se movía de espaldas a él. Sin dejar ver su rostro. Como si lo ocultase intencionadamente, a ojos de todo automovilista, de todo posible observador.

—¡Eh, usted! —llamó Lester, haciendo bocina con sus manos—. ¡Usted, el de la furgoneta, escuche!

Ocurrió algo raro. El hombre giró la cabeza, instintivamente. Le miró, bajo la gorra hundida. Estaba a alguna distancia, pero captó su rostro. O lo que había en su lugar.

Apenas si era un rostro. Algo aplastado, informe y raro. Kirk tardó unos segundos en comprender la simple razón de tan extraño fenómeno.

Una media de nylon.

El hombre del guardapolvo amarillo, de plástico, enfundaba su cabeza en una media de nylon, convirtiendo así el rostro en una

carátula horrible y deformada.

Después, Lester descubrió el garfio dorado. Y la sangre.

Era la mano zurda. O donde debiera haber existido mano zurda. En su lugar, aquel corvo metal articulado, en forma de garra, sobresalía de la amplia, larga manga del guardapolvo.

Una mano ortopédica, de la que goteaba algo oscuro. Algo que podía ser rojo. Algo que podía ser sangre...

Los ojos perspicaces del joven inglés describieron un rápido giro hacia el punto de origen del inquietante personaje. Hacia el sendero escalonado, de piedra, descendiendo hasta la playa, entre pinos marítimos y arbustos frondosos.

Se detuvieron primero en la toalla multicolor y en la sombrilla de brillantes topos.

Luego, en el cuerpo bronceado de la mujer rubia y atlética. Y en la sangre. En la copiosa sangre que, como un trallazo rojo violento, destacaba sobre la arena, empapándola bajo el sol.

Una expresión de asombro, de alarma asomó a las vivaces pupilas pardas, inteligentes y agudas, del joven Lester.

—¡Una mujer! —jadeó—. Y parece... muerta.

Súbitamente, la presencia de la furgoneta amarilla y del hombre del guardapolvo amarillo y el rostro envuelto en nylon, cobró una dimensión nueva y terrible.

Era un asesino.

Lester se precipitó rápido hacia la furgoneta y su ocupante de la mano ortopédica. Sus pasos se hicieron largos y veloces. Sus zancadas, elásticas y seguras. No parecía asustado en absoluto; más bien lo contrario, decidido a todo lo que pudiera sucederle.

—¡No se escape! —gritó—. ¡Quieto! ¡No me obligue a usar mi pistola!

Era una audaz improvisación. No tenía armas. Pero eso, el fugitivo no podía saberlo.

Sin embargo, ya con un pie en el estribo de la furgoneta amarilla, él enmascarado giró la cabeza, pareció mirarle extrañamente desde su rostro aplastado, y luego, enganchando su garfio metálico en la portezuela, se aupó a la cabina, y cerró tras de sí.

Roncó el motor seguidamente. Pese a que Lester aceleró su carrera cuanto le fue humanamente posible, no llegó a tiempo.

Cuando alcanzó el agrupamiento de pinos, la furgoneta se alejaba saliendo temerariamente a la pista de asfalto, y obligando a los coches a enmendar su marcha con un viraje precipitado, que hizo aullar sus neumáticos agudamente, dejando surcos negruzcos en la carretera.

Kirk Lester hubo de detenerse. Sus frenéticos ademanes a varios conductores, llamando la atención sobre la furgoneta, resultaron inútiles. La más completa indiferencia acogió esos esfuerzos. La cinta asfaltada siguió siendo una doble pista de vehículos lanzados en direcciones opuestas, ajenos a todo problema que no fuese el suyo propio.

Lester maldijo entre dientes. Contempló la furgoneta. Y su matrícula. Ésta aparecía manchada de barro, quizá para ocultar las cifras. Pero los ojos sagaces del joven inglés eran difíciles de burlar, incluso a alguna distancia, y en situación límite como aquélla.

Identificó la placa como perteneciente al Estado de California. Y con matrícula que empezaba en número 2 y terminaba en un 7. Las dos cifras intermedias no eran visibles.

Mentalmente, anotó esos datos. Y sorprendido, leyó el gran cartel que era en sí la parte posterior de la furgoneta, en grandes letras verdes, visibles incluso en la distancia.

ZOO PARK FAIR SAN DIEGO

Recitó para sí, mientras dominaba su desorientación y corría de nuevo hacia su destartado «Jaguar» pasado de moda:

«Feria del Parque Zoológico... San Diego...». ¿Qué diablos significaba todo esto?

Alcanzó su coche, saltó sobre la portezuela, luchó desesperadamente con el volante, el encendido, el embrague...

Nada. Otro fracaso. Ni se movió. El motor emitió un ahogado jadeo y terminó enmudeciendo. Furioso, Lester golpeó el volante. Miró, impotente, a la carretera.

La furgoneta amarilla, de letras verdes, doblaba un recodo, allá en la distancia. Y desaparecía definitivamente. Lester se mordió el labio, con una imprecación.

No podía hacer nada. Un asesino se escapaba impunemente. Sólo él lo sabía. Cientos de personas pudieron haberlo detenido. Pero siguieron su ruta, sin enterarse. Ni pretenderlo siquiera.

Kirk Lester abandonó de nuevo su coche. Volvió los ojos a la cala arenosa.

Su mirada se centró y aproximó a la rubia víctima. Seguía inmóvil, rígida al sol.

El charco rojo era más amplio ahora. Ésa era toda la diferencia.

Corrió el joven inglés escalones abajo, por el angosto sendero empedrado, escalonado entre pinos y arbustos, para alcanzar rápidamente la arena. Se inclinó sobre la mujer de rubios cabellos. La volvió, procurando no pisar la arena ensangrentada.

Le costó trabajo. Ella era alta, vigorosa. Su pelo estaba ya tibio, pese al calor del sol. Estaba desangrada. Muerta.

Con horror, Kirk contempló los ojos desorbitados de la que fuera hermosa nórdica. Y sus terribles heridas, el caos de sangre que era su cuerpo.

—¡Qué crimen más espantoso...! —jadeó, dominando sus emociones.

Luego, su mirada se fijó casualmente en la forma ambarina, aplastada entre la sangre. Un escorpión.

Su picadura no hubiera podido competir jamás con aquel asesino aniquilador y sanguinario. Otro escorpión humano había hincado su aguijón terrorífico en la hermosa bañista de la cala solitaria.

A la mente y los ojos de Lester acudió la imagen inquietante de una corva mano ortopédica, de un garfio metálico, afilado, punzante y dorado como la cola misma del escorpión muerto bajo el peso de la bella asesinada.

—Era... Era como un alacrán humano... —susurró, estremecido Kirk Lester, único testigo de un crimen abominable y extraño cometido en la apacible, cálida costa de California, aquella suave tarde de sol.

CAPÍTULO PRIMERO

Max Carruthers cerró el archivador con lentitud. Caminó hacia la ventana y se asomó a ella, con expresión pensativa. Contempló el verdor de la vegetación exterior. Los gritos de los animales y el bullicio de los visitantes formaban un conjunto de sonidos ambientales, amortiguados por las vidrieras amplias y luminosas.

Todos los gestos y actitudes de Carruthers eran pausados. Hombre frío, calmoso, de extraña e inalterable severidad, se decía de él que no tenía nervios, o los poseía de acero. Nunca recordaba nadie haberle visto alterado o descompuesto.

A pesar de ello, ahora, en la soledad de su oficina, moderna, funcional, llena de luz y con aire acondicionado, para combatir el calor veraniego, Max Carruthers mostró en sus manos un leve temblor cuando llevó a sus labios el cigarrillo de larga boquilla plateada.

Era algo insólito en él. Pero estaba solo, sin testigos. Nadie podía advertir aquel indicio de humana debilidad en el hombre de hielo. Y estaba apelando a toda su formidable sangre fría, a todo su poderoso autocontrol, para volver a ser el que todos conocían, el director imperturbable de aquel recinto destinado al recreo y placer de los visitantes, fuesen naturales de San Diego, o forasteros en la bella, luminosa ciudad del sur de California. La gran Feria del Parque Zoológico era obra suya. Y se sentía evidentemente orgulloso de ella. Como negocio, era un éxito. Como instalación, una maravilla.

Escuchó aquellas lejanas notas musicales, que provenían del gran quiosco central, destinado a bar, restaurante y venta de toda clase de libros, artículos y postales, relacionados con la Zoología. Trenes miniatura, globos cautivos movidos electrónicamente sobre el recinto del parque, y rama Building de la zona norte del parque, permitían a los visitantes toda clase de divertido desplazamiento

entre los sectores de fieras en libertad, jaulas de animales feroces, terrario y acuario, con delfinario y cisterna de espectáculos.

Era su obra, sí. El dinero y el ingenio de Max Carruthers, se mostraban generosos en aquel alarde feriado que ahora se levantaba en San Diego, y que tal vez su proyectada cadena «Zoo-Parkland», llevase pronto a todo el país. Y a muchos países.

Las fieras vivas de sus safaris personales, estaban allí. Ejemplares comprados a peso de oro, también. La gran fortuna de Carruthers podía permitirse esos lujos. Y mucho más.

El nerviosismo iba pasando. Había sido breve. Muy breve. Una pequeña crisis. Pero Carruthers parecía irritado. No se permitía nunca debilidades así. Estaba furioso consigo mismo.

Desvió sus ojos de las palmeras de la alameda central, y regresó a su mullido butacón tapizado de rojo. Se sentó en él, con expresión meditativa. Arrugó el ceño, disponiéndose a levantar uno de sus dos teléfonos.

En ese momento, sonó la llamada del intercomunicador.

Oprimió una tecla, inclinándose al preguntar:

—¿Qué hay, Muriel?

La voz de mujer, deformada por sistema de comunicación, sonó rutinaria:

—El doctor Farron, señor Carruthers. Espera su autorización para operar el gorila de la zona «Jungla Tres...»

—Está bien. Que opere. Ese animal estaba bastante mal anoche. Que no pierda tiempo. Muriel, ¿ha llamado quizá mi esposa, mientras yo hablaba con el alcalde de San Diego?

—No, no, señor. Solamente preguntó por usted el agente artístico Goldwyn, desde Los Ángeles. Se refería a las bañistas del Acuarium. Parece que la nadadora del

Neptune's

Club de Pasadena, no ha podido...

—Bien, bien —la interrumpió secamente el millonario, con impaciencia—. No me moleste con esas cuestiones, Muriel. Si Goldwyn llama de nuevo, póngale en comunicación con la señorita Astor. Ella, como jefe de personal y de atracciones, se ocupará de todo. Y avíseme enseguida si mi esposa llama.

—Bien, señor Carruthers —asintió la voz femenina en el interfono—. En cuanto ella... ¡Oh, un instante, señor! Su esposa

acaba de entrar.

—Hágala pasar, por favor —rogó Carruthers, cerrando la comunicación.

Luego se retrepó en su asiento y esperó, la vista fija en la puerta tapizada, las manos largas y pálidas, extendidas sobre el negro juego de escritorio de su mesa.

La puerta se abrió. Shelley Carruthers asomó en su umbral. Entró en el despacho.

—Hola, Max, querido —saludó.

—Hola, Shelley —respondió él, sin moverse. Frío y poco afectuoso ciertamente, para ser su marido. A ella no pareció importarle demasiado. Se limitó a mirarle, pensativa, y paseó por el despacho, extrayendo de su bolso una pitillera, y de ésta un cigarrillo, que encendió con parsimonia.

—¿Ocurre algo grave, cariño? —se interesó por fin, apaciblemente.

—Creo que sería mejor no representar el papel tan al pie de la letra —replicó Carruthers—. Ahora no nos oye nadie.

—¿Y por eso hemos de portarnos groseramente tal vez? —ironizó ella.

—No he dicho tal cosa, Shelley. Lo que huelgan son las palabras de afecto. Ya no queda mucho de eso entre nosotros.

—Aun así, me parece de mejor gusto que tratarnos como extraños, Max.

—Somos extraños, recuerda. Y lo seremos más cuando todo esto haya terminado.

—Oh, por supuesto —ella le contempló con frialdad—. Terminaré a tu entera satisfacción, como divorcio... sin un solo dólar para mí.

—Eres culpable, Shelley. Los culpables deben perderlo todo. Es la ley.

—Y la ley apoya a los fuertes. Te entiendo, Max. No me perdonas que amase a otro más que a ti, ¿no es cierto?

—No sólo no perdono, sino que no te entiendo. Shelley, eres una mujer envidiada, mi fortuna te pertenecía. Joyas, pieles, lujos... No soy un hombre viejo ni caduco. ¿Por qué, Shelley? Es lo que nunca entenderé.

—Tampoco te pido que lo hagas —sonrió ella, con sarcasmo—.

Aparte que jamás lo intentaste.

—Ese hombre, Banyard Cole... ¡mi propio socio y administrador! —rechinó los dientes, con una ira contenida, que cuidaba escrupulosamente de que no estallara—. Es joven, de acuerdo. Y bien parecido. Eso, a las mujeres, os chifla. Pero ¿qué hay detrás de todo ello? ¡Nada! O casi nada.

—Ese asunto es cuenta mía, querido —declaró ella, calmadamente. Se sentó con descuido en el alféizar del ventanal. Cruzó sus piernas espléndidas. Era una mujer alta, vital, elegante y seductora. El sol dio brillo suave al castaño de su cabello—. Lo que cuenta ahora es conseguir rápidamente ese divorcio. No me importa que me dejes sin un solo centavo de compensación, basándote en mi culpabilidad.

—Te importará cuando el juez haya resuelto, Shelley, Banyard Cole no puede darte lujos ni caprichos. Es solamente mi socio industrial. Tiene ideas, y cobra por ellas. Pero eso es todo. También le corresponden beneficios de nuestra sociedad. Y pasarán años antes de que resulte rentable.

—¿Te complaces en presentarme todo con los más sombríos colores, Max?

—Te pinto el cuadro que realmente existe, tras el atractivo varonil de tu Banyard Cole. No eres de esa clase de mujeres que soportan años enteros de escasez.

—Aun así, apenas deje de ser la señora Carruthers, me casaré con él.

—Allá tú. Será tu propio error —la estudió fríamente. Hizo una pausa. Y pareció dispuesto a tratar el problema íntimo con la misma serenidad impersonal con que él trataba los negocios y finanzas—. Shelley, aún existe un medio de evitar el escándalo y la separación. Abandona a Cole definitivamente, y...

—Jamás —cortó ella, tajante. Y se incorporó, al ver la mirada de su esposo, brillante y muy feliz, estudiando el atractivo de sus piernas—. Lo nuestro ha terminado, Max.

—¿Con todas sus consecuencias? —Vibró, casi metálica, la voz de Carruthers.

—Con todas sus consecuencias. Puedes continuar libremente tu demanda de divorcio. Pero lucharé contra ti, no lo dudes. No sé si eres tan limpio e incorruptible como pareces. Pero a veces he

llegado a sospechar que también tú tienes tu amante.

—¿Estás loca? —El millonario lanzó una breve, despectiva risa —. Eso no tiene sentido. Nadie pudo jamás decir algo así de Max Carruthers. Mi moralidad es intachable. Mi religión me prohíbe el concubinato. Nosotros, los miembros de la Fe en la Pureza Espiritual, tenemos un criterio recto sobre las relaciones amorosas humanas.

—La Fe en la Pureza Espiritual... —Hizo ella un gesto expresivo —. Ni siquiera creo que eso sea una religión, querido. Sólo una secta más de embaucadores. Yo no me considero pura, pero tampoco creo que lo seas tú. Sencillamente, creo en Dios. Y le pido perdón por mis errores. Algo que tú ni siquiera haces. Estás avisado. Max Carruthers. Lucharé contra ti. Sólo por obtener lo que creo que en justicia me corresponde; tu compensación económica. Luego, seré la señora Cole.

—¡Basta! —Se incorporó despacio, sereno, pero con la voz vibrante de ira—. Vete, Shelley. Esta escena me resulta muy desagradable. Vete, te lo ruego, no quiero seguir hablando. Pero ten por seguro que no recibirás de mí ni un solo dólar, después del divorcio.

—Lo veremos, Max, lo veremos —altiva, dueña de sí, segura de su belleza y arrogancia, caminó hacia la salida. Se detuvo un instante en la puerta, al abrirla, con Muriel, la secretaria, sentada allí fuera, ante el teléfono y el intercomunicador. Añadió Shelley, en voz alta e incisiva—: ¿Sabes una cosa, querido? Me gustaría que tu negocio se hundiera, total, definitivamente...

Y con una leve risita burlona, se alejó a través de las oficinas, ante la perplejidad evidente de Muriel, sin dignarse siquiera cerrar la puerta. Fue la secretaria quien se levantó, para cerrarla tímidamente.

A solas, endurecido el semblante, agresiva la mirada de ave de presa del magnate, su voz sonó ronca, hablando consigo mismo, en un irritado soliloquio:

—Todo por culpa de ese bastardo, Banyard Cole, a quien yo he acogido y protegido. ¡Debería estar muerto, maldito sea! Sí, me gustaría verle muerto...

FE EN LA PUREZA ESPIRITUAL. ¡HIJOS DE LA
HONESTIDAD, SED BIENVENIDOS AL REFUGIO DEL

ALMA!

Lucky Foreman leyó el cartel.

—Cada día están inventando nuevas cosas para engañar al incauto.

—Parece hermoso —señaló la bella, deportiva joven, de *shorts* blancos y jersey amarillo, sosteniendo entre sus manos la raqueta de tenis—. Pureza espiritual, honestidad, refugio del alma...

—¡Oh, eso sí! Hacen bellas frases, predicán maravillosos principios... y exigen buenos dólares a sus fieles —bromeó el fornido gigante que era Lucky Foreman. Miró con expresión cariñosa a su hija, y añadió—: Monsergas todo, Ally. Monsergas para sacar dinero a los tontos.

Allyson Foreman pareció dubitativa del escepticismo de su padre. Estudió la leyenda inscrita en aquel *bungalow* del lujoso Nevada Hotel de San Diego. Todos los alojamientos del suntuoso establecimiento eran *bungalows* independientes, dispersos armoniosamente por entre jardines, senderos de grava, luces, estanques artificiales, y toda clase de motivos decorativos, hasta llegar a la zona deportiva y piscinas, que daban frente a la playa.

—Pues todo parece sano, papá —insistió—. Hay que creer un poco en la buena fe de los demás, ¿no te parece?

Lucky Foreman se paró. Se quedó mirando fijamente a su hija, con expresión de búho. Las recias mandíbulas, sombreadas por su cerrada barba negra, pese al buen rasurado diario, se encajaron casi con fiereza.

—Querida Ally, permíteme que te diga algo. Yo confié un par de veces en la buena fe de los demás. Una, me costó cinco años en Alcatraz. Otra, diez años en

Sing-Sing,

que por fortuna se quedaron solamente en tres. De modo que no me pidas otra vez esa fe, querida. Ni te aconsejo que la tengas tú, si no quieres sufrir decepciones muy hondas.

—Papá, sabes que nunca he tratado de reprocharte nada, ni lo haré ahora —suspiró Allyson con dulzura—. Pero a fin de cuentas, tú... tú eres un... un...

—Un gánster —resopló con energía Foreman—. Un *racketeer*, sí. Lo fui. Lo he sido siempre, y así hice la fortuna, Ally. Nunca lo

oculté. Los tiempos fueron duros, y el que se encogía se quedaba sin oportunidades. Había que sobrevivir, hija. Y sobreviví. Pero hubiera evitado los años de encierro, de haber desconfiado más de la gente que me rodeaba. Por eso te ruego que no te fíes demasiado de esas sectas pretendidamente religiosas. Hay algunas decentes, pero pocas. La mayoría son trucos para esquilmar a los ingenuos.

—No sabe usted lo que dice, señor. Sus palabras hieren profundamente mi espíritu, y me llenan de tristeza por usted y por el bien de su alma...

La voz cálida, de profundas inflexiones, le llegó a espaldas suyas y le hizo girar, sorprendido, encontrándose Lucky Foreman con una hermosísima mujer de tez bronceínea, cabello largo, color azabache, liso y sedoso, envuelta su alta, estilizada, majestuosa figura, en una larga túnica blanca, hasta sus pies calzados con sandalias franciscanas. Un manto amarillo con una paloma bordada en azul, cubría su cabeza, colgando hasta sus hombros.

—Perdón, señorita —pestañearon los ojos azules y duros del *extracketeer*, famoso en las crónicas negras de otro tiempo—. ¿Decía usted...?

Ella avanzó unos pasos, majestuosa. Llevaba pintado un rombo azul entre sus arqueadas cejas. Tenía ojos oscuros, inteligentes, y una bella boca de labios muy rojos.

—Mi nombre es Jassmin —declaró ella, despacio—. Soy rectora de Cultos de la Fe en la Pureza Espiritual, guía primera de los Hijos de la Honestidad.

—¡Cielos! ¿Todo eso? —Lucky Foreman sacudió su cabeza, admirado ante la presencia de la bella dama salida del *bungalow* destinado a aquella secta singular—. Pues no lo parece, muchacha.

—No le hablo en broma, señor. Nuestro movimiento esotérico no es ninguna secta, sino un esfuerzo más del ser humano, el más puro y decisivo de todos, por llegar a la limpia perfección espiritual, al grado supremo de honradez, rectitud y conciencia que puede salvar a la especie humana. Si no cree, siga su camino en paz. Pero deje que los demás se preocupen por su propia alma.

Y tras una mirada amistosa y una dulce sonrisa a Allyson la llamada Jassmin dio media vuelta, con toda dignidad, desapareciendo en el *bungalow*, cuya puerta permaneció abierta.

—Bueno, ya oíste eso, hija —masculló, confuso, el millonario

que fuera antes gánster—. ¿Oíste hablar de cosas tan peregrinas en tu internado europeo, durante estos años?

—No, papá —rió de buena gana la rubia joven—. Pero aunque desde tan pequeña no estuve en el país, sé que California es un mundo donde puede ocurrir cualquier cosa. Desde ser «la pequeña China» de San Francisco, hasta la cuna de los *hippies* de todo el mundo, pasando por la fábrica de sueños del caduco Hollywood y los cultivos de alucinógenos en la divisoria mexicana.

—Sí, veo que, a pesar de tantos años de ausencia, conoces California, hija mía —suspiró Lucky Foreman, admirado. Pasó su fuerte brazo por los hombros de su hija, y emprendieron el regreso al edificio central, acristalado y moderno, del Nevada Hotel—. Por ello no debes hacer caso a cantos de sirena, y mantenerte lejos de todos esos ritos «esotéricos», como dijo esa preciosa embaucadora.

Se alejaron entre los *bungalows*. En la quietud paradisíaca de los bellos jardines del hotel, era perfectamente audible el bullicio y la música del cercano Zoo Park.

Asomó a la puerta de su *bungalow* la hermosa morena llamada Jassmin. Contempló, pensativa, a la pareja formada por los Foreman padre e hija. Musitó entre dientes:

—Lucky Foreman, el gánster millonario... Y su joven heredera Allyson Foreman... Buenas piezas, si se las pudiera embaucar. El viejo es duro de pelar, pero tal vez la chica...

Un brillo de astucia llameó en el fondo de sus negras pupilas. Lentamente, regresó al interior del *bungalow*, decorado con grandes colgaduras blancas y amarillas, símbolos geométricos, y un gran rombo en su centro, con una paloma azul dentro, y unas inscripciones en hebreo y en latín.

Paseó ella por la sala de cultos, reflexiva. De súbito se alzó una colgadura, y alguien que entrara por una puerta posterior se precipitó sobre ella.

—Jassmin... —susurró.

Ella se revolvió en la penumbra, mirando al recién llegado.

—Tú... —dijo, en un murmullo—. Te estaba esperando.

Y se lanzó en sus brazos.

Él la rodeó en un abrazo.

—Mi amor, eres toda mi vida —musitó él, trémulo—. Eres todo para mí...

—Sí, Max, cariño mío...

Y ella devolvió, los besos y caricias a Max Carruthers, su furtivo visitante.

CAPÍTULO II

Kirk Lester cerró la radio, con expresión de disgusto.

Fumó un cigarrillo, mientras contemplaba al empleado de la gasolinera que llenaba de combustible el depósito de su viejo «Jaguar». Confiaba en que no hubiese oído las noticias de la emisora, en el boletín recién transmitido.

Las últimas palabras del locutor aún flotaban en la memoria de Kirk.

«—... Y tras el hallazgo del cadáver de la turista europea Sigrid Hasse, de nacionalidad sueca, en una de las calas solitarias de San Diego, víctima de un feroz asesino, varios testimonios coinciden en señalar la presencia, en los alrededores del lugar del hecho, aproximadamente a la hora de producirse éste, de un joven de buen aspecto y cabello ligeramente rubio, que viajaba en un viejo modelo deportivo de matrícula extranjera. Se busca activamente a esta persona, como principal sospechoso del salvaje atentado».

Sospechoso.

Él era esa persona ahora. No testigo, ni posible ayuda para la policía, sospechoso. Presunto asesino.

El presunto asaltante de la bañista nórdica. Buscado por la policía de California.

Kirk Lester tenía sentido del humor, como buen inglés. Pero esto no le hacía gracia. No tenía nada de divertido.

Las patrullas tardarían poco en dar con él. Su «Jaguar», su matrícula británica... Demasiado ostensible todo. Demasiado fácil. Y de rechazo, demasiado difícil para él.

El empleado de la estación de servicio terminó su tarea. Lester le pagó, apresurándose a seguir su camino. El coche por fin funcionaba aceptablemente. Pero tendría que abandonarlo de un momento a otro. No estaba dispuesto a ser cazado. No tenía coartada, no podía probar absolutamente nada a su favor. Eso

significaba una cosa; prisión. Y quizá una acusación formal por asesinato. Un panorama muy poco optimista, la verdad.

La idea había pasado rápida por su mente. Tenía que escabullirse. Cuando menos, mientras fuese el único sospechoso. Era preciso que la policía supiera algo de la furgoneta amarilla, del hombre del garfio dorado, el asesino enmascarado con una media de nylon. Pero ¿quién iba a decírselo, si ningún testigo lo había citado? Solamente él.

Y a él no iban a darle crédito.

Condujo por la carretera de la costa, sin sobrepasar el límite. No quería atraer sobre sí la atención de los motoristas. Su coche era demasiado revelador, dadas las circunstancias.

San Diego estaba allí, ante él. Alegre, luminoso, amplio. Uno más entre los deliciosos, espléndidos lugares del litoral del Pacífico, desde Los Ángeles hasta la Baja California.

Kirk Lester detuvo su coche en las afueras. No quería ser visto por mucha gente. No con aquel vehículo, desde luego. Era demasiado comprometedor, una vez transmitido aquel boletín de noticias.

Miró alrededor. Un parador de camino cercano, con *snack* bar. Muchos vehículos se dirigían a las playas cercanas. Había en las cercanías *cottages* y residencias ajardinadas, entre amplios rectángulos de césped. El aire olía a verano, a salitre y a yodo.

Un cartel atrajo su atención, junto a un poste telegráfico:

«A DOS MILLAS:
ZOO PARK FAIR»

—Zoo Park... —repitió para sí, reflexivo—. Aquella furgoneta...

Otra vez, como una imagen retrospectiva, la escena en la playa, la rubia asesinada, el asesino del garfio dorado... Y la furgoneta amarilla y verde. Letras bien visibles: Zoo Park.

Lo había casi olvidado. Era algo más que una vulgar furgoneta. Pertenecía a un parque zoológico. Que él supiera, San Diego nunca había tenido Zoo. Sólo militares, hangares y fábricas de material bélico, aparte su encanto turístico[1].

Debía ser algo nuevo.

La pintura de la furgoneta creía recordar que era flamante.

No tenía adónde dirigirse. Todos los sitios le eran indiferentes. No buscaba trabajo. Ni tenía amigos o parientes en California. Ni en sitio alguno de todos los estados de la Unión.

De modo que tomó una resolución. Sin una sola duda.

Extrajo del «Jaguar» pasado de moda, todos sus objetos personales, en el maletín y la bolsa de lona deportiva. No olvidó sus documentos, por supuesto.

Luego buscó una zona solitaria, alejada de la carretera. La encontró.

Era un terreno sin cultivar ni edificar. Al lado, una finca en estado de abandono, y un bosquecillo de sicómoros. Condujo hasta allí el automóvil de manufactura británica, y lo dejó justamente en el angosto paraje que se abría entre los sicómoros y el muro lateral de la casa abandonada, de vidrios rotos y polvorientos, y muros desconchados.

Luego recogió arbustos y ramajes, situándolos sobre el vehículo. Al poco tiempo, la labor de camuflaje era perfecta, hubiera sido preciso buscar intencionadamente el coche para dar con él.

Kirk Lester se sintió más tranquilo. Se encaminó a un negocio cercano, de los que abundaban no sólo en California, sino en cualquier punto del país: Compra-venta de coches usados.

Media hora más tarde abandonaba el recinto con un aceptable «Chevrolet», de tres años atrás, en muy buen uso. Y con ciento setenta y cinco dólares menos en el bolsillo. La compra la había hecho a nombre de Johnny Forrester, de Maine. El vendedor no se preocupó de más, al ver el color de su dinero.

Con el «Chevrolet», color verde claro, Kirk avanzó a través de San Diego.

Su destino era Zoo Park Fair.

Zoo Park Fair.

Kirk detuvo su nuevo vehículo. Contempló la entrada del recinto, una milla al sudoeste de San Diego. Más al este se alzaba la arquitectura funcional del Nevada Hotel, entre frescos jardines y límpidas piscinas de aguas azules.

La Feria y Parque Zoológico era un negocio nuevo y rutilante, propio de la mentalidad emprendedora y financiera de un típico *tycoon* americano. Mitad recinto ferial, mitad jardín zoológico. Con

atracciones en el Acuarama, diversiones electrónicas y traslados por el área. Todo ello, instalado y organizado por Max Carruthers, en aquel amplio recinto ajardinado, propiedad del Municipio de San Diego.

Largas colas de espectadores formaban ante las taquillas y accesos. Sin duda, era un buen negocio.

Kirk leyó la lista de atracciones, animales salvajes, y toda clase de alicientes allí reunidos. En realidad, lo que buscaba era hacerse una idea exacta del lugar, la gente que podía hallar allí, y el posible nexo entre un parque zoológico escenificado y postizo, y la furgoneta del asesino de la playa.

¿Estaba allí ese eslabón?

No se le ocurría otro sitio. Y había ido al Zoo a descubrirlo.

Kirk Lester, ciudadano británico, nacido en Liverpool, educado en Londres, dibujante y publicista, escritor y bohemio, viajero infatigable, trotamundos sin familia, aventurero por naturaleza, músico por afición y rebelde impenitente contra los dictados rígidos de la sociedad aburguesada, sentía la necesidad de investigar. De ser, por vez primera, detective.

Detective aficionado e inexperto, en un caso de asesinato.

Una razón vital movía al extranjero a buscar, a indagar, a husmear la verdad en torno al asesino de la turista sueca.

Esa razón acababa de darla el boletín de radio último; él era el sospechoso número uno. De eso, a ser acusado de asesinato, podía haber un solo paso.

A Kirk Lester se le acababa de ocurrir el procedimiento más directo, y también el más complejo y peligroso, para eludir una acusación por asesinato.

El único procedimiento que podía limpiarle de toda sospecha.

Encontrar al asesino.

—El asesino... ¿Y qué sabemos, concretamente, de él?

Diciendo esas palabras con sequedad, el capitán Granger de la División de Homicidios del condado de Los Ángeles, bajó la sábana nuevamente, tapando el aspecto impresionante del cadáver. La que fuera en vida una exuberante, deslumbradora mujer, era solamente un bulto silueteado por el blanco tejido, en la fría sala del Departamento de Identificación de San Diego.

Barry Lundigan, sargento de la policía local, se frotó

pensativamente el mentón, y estudió a su superior, recién llegado de la capital del condado, con aire contrariado.

—Muy poco, señor —admitió—. Sabemos muy poco.

—Es lo que me temía. ¿Han hecho algo para identificar, cuando menos, el tipo de coche que utilizaba?

—He hecho algo, capitán. Pero sólo porque soy un gran aficionado a los automóviles. Tengo grabados, fotografías, libros, reproducciones en miniatura y todo lo relacionado con el automovilismo actual y pasado. Ese *hobby* parece haber dado algún fruto en este caso.

—Excelente, sargento Lundigan —aprobó el capitán Granger, con interés—. ¿Qué ha conseguido?

—Con varias descripciones, he compuesto un modelo aproximado, al estilo de un retrato-robot. El resultado ha sido positivo. Resulta ser un modelo deportivo anticuado, un coche de mil novecientos sesenta y cinco a mil novecientos sesenta y siete, de manufactura europea, por supuesto. Inglesa, para ser exactos, puesto que llevaba el volante a la derecha, según dos testigos que coinciden. Y por las trazas, casi podría jurar que es un «Jaguar».

—Un «Jaguar» 65 o 67 —meditó el funcionario de Homicidios de Los Ángeles—. Sin duda lo habrá traído consigo algún extranjero...

—Sin duda. Pero lo mismo puede estar aquí desde hace años, que haber entrado en el país recientemente, con algún viajero europeo, canadiense o sudamericano.

—¿Color de ese coche?

—Rojo, señor. Muy sucio y polvoriento. Estaba parado. Luego partió, al parecer tras reparar una avería su único ocupante.

El ocupante... Los ojos acerados del alto, fornido y enérgico capitán Granger, brillaron excitados.

—¿Qué sabemos de él, sargento?

—No gran cosa, señor. Era joven, unos veintisiete a treinta años. Alto, enjuto, rubio y bien parecido. Facciones angulosas. Vestía un pantalón tejano, una camisa azul o gris oscura, y una chaqueta de cuero negro. Pelo largo, aunque sin exceso. Eso es todo, capitán.

—Una descripción aplicable a millones de norteamericanos, canadienses, europeos y australianos —masculló con disgusto el policía de Los Ángeles.

—En efecto, capitán. Ni una seña personal peculiar, ni nada por el estilo.

—Ya. ¿Alguien advirtió sangre en sus ropas, en sus manos, algún arma cortante...?

—Nada, capitán. Absolutamente nada.

—¿Qué dice el forense sobre las heridas de la víctima?

—Terriblemente profundas, capitán. Brutales. El arma debía de ser tremenda, incisiva y cortante. El doctor Leigh cree que es algo así como... como un garfio.

—¿Un garfio?

—Eso dijo. Y golpeado con furia atroz, con auténtica rabia. El que hizo esto es un asesino nato, un ser que goza matando, estoy seguro. No se ha hallado el arma, desde luego. Ni se ha concretado su naturaleza, aunque podría ser una hoz, un garfio de estibador o algo así.

—Ya —el capitán Granger humedeció sus labios—. ¿Algo sobre la víctima?

—Poco. Sigrid Hasse, de Estocolmo. Llevaba dos años en Nueva York. Trabajaba como modelo de calendarios, pósters y magazines estrictamente para hombres —sonrió, con algo de ironía—. Ya me entiende usted, capitán. La pobre chica tenía sobrada dosis de todo lo necesario para ese trabajo... Ahora disfrutaba de sus vacaciones aquí en San Diego. Era alegre, frívola, pero nada más. Muchas amistades masculinas, y pocas femeninas, lógicamente. Pero nada de líos conocidos, en sus cinco días de estancia en San Diego.

—¿Dónde residía la desdichada joven? —se interesó Granger.

—En el Nevada Hotel, junto al Zoo Park.

Nevada Hotel.

Era un buen sitio. Caro, pero bueno. Estaba al lado del zoológico. Eso ya era algo.

Previamente, juzgó adecuado cambiar su indumentaria y acortar la longitud de su cabello. Si había testigos de su presencia junto a la cala, los habría de sus ropas, físico y otros detalles.

Una camisa estampada de turista, unos pantalones azul cobalto y unos mocasines, sustituyeron sus ropas anteriores, que guardó en su maletín. Cien dólares anticipados ahuyentaron cualquier posible sospecha o recelo, en la recepción del hotel. Kirk había resuelto algunos de sus problemas, pero su caudal estaba alarmantemente

mermado.

—Ya veremos qué soluciones surgen —se dijo—. Lo importante es que estoy aquí. A dos pasos del Zoo.

Sólo un par de horas más tarde, se enteró de otro detalle importante.

Fue al ver entrar a tres hombres, cuya presencia en el vestíbulo acristalado del hotel le sobresaltó. Uno de ellos iba de paisano. Los dos restantes, con el uniforme de la policía local. Desaparecieron, con el gerente, tras la puerta de Dirección.

—¿Policías en el hotel? —comentó, como si ello le escandalizase—. ¿Qué significa esto?

—Nada especial, señor, que pueda causar molestias a los clientes —se apresuró a informar un empleado—. Vienen para completar su investigación sobre una desgraciada joven que se alojó en este hotel hasta esta misma mañana, a primera hora, en que partió para una excursión por la costa.

—¿Y qué le sucedió a esa joven?

—La mataron, señor. Apareció asesinada en una playa solitaria.

Así supo Kirk Lester lo cerca que se hallaba, en realidad, de los eslabones principales de una extraña, enigmática cadena de sangre y violencia.

Sólo que Kirk Lester no podía saber que esa cadena no estaba sino en su principio. Y que otros eslabones más iban a añadirse a la alucinante orgía de sangre comenzada en una playa, bajo el sol ardiente del verano en California.

Esa misma noche, muy cerca de él, la muerte corva, acerada, desgarradora, iba a cobrar otra de sus desdichadas víctimas indefensas.

Y nadie podría evitarlo.

Las penumbras eran azules y frescas.

El gran quiosco central aparecía cerrado. Oscuras las vidrieras del pabellón dedicado a restaurante, *boutique*, tiendas e información.

Todo el Zoo dormía.

Todo, excepto algunas fieras inquietas. Nerviosos rugidos de león, gruñidos hosclos de felinos salvajes. Algún ave tropical chillaba estridente en las florestas acondicionadas. En ciertas jaulas, negras

sombras en cautividad se agitaban, con sedosa, acolchada cautela. Ojos fosforescentes fingían espectrales acechos en la negrura.

La paz del Zoo era sólo relativa. Como la de todos los Zoos. Una tensión latente, un reposo ficticio y opresivo, que era pura violencia feroz reprimida, daba al aire húmedo de la noche costera un vaho primario, casi selvático, de peligro en potencia. De muerte en vela eterna e impaciente.

Esa falsa quietud, velada por los vigilantes de turno, se quebró un poco más, sólo un poco, en un punto del parque.

Chirrió una verja. Se movió un portillo de barrotes pintados de verde, entre los setos bien recortados. En una jaula vecina, un nervioso ocelote que no lograba conciliar su sueño, emitió un seco maullido y acrecentó el ritmo de sus paseos. En una alta palma, un pájaro amarillo y azul agitó sus alas, parpadeando curioso.

Las pisadas hicieron crujir muy levemente piedrecillas. La figura se despegó de un núcleo de sombra. Un reflejo lejano, de una de las farolas encendidas, arrancó un brillo azufrado al largo guardapolvo amarillo del personaje. Bajo la gorra verde, el rostro era una forma aplastada e irreconocible, desfigurada por el nylon de una media.

Pegado a los setos, el merodeador nocturno se alejó de la zona de animales en libertad y de felinos enjaulados. Llegó a las proximidades del Terrario, edificio rectangular, alargado, de muros blancos y pulcros.

Se detuvo allí. Escudriñó en torno. Una de sus manos, la diestra, iba enguantada de oscuro. La zurda la llevaba hundida en el amplio bolsillo del guardapolvo color amarillo yema.

Unos ojos fríos, malignos, llenos de una imperturbable serenidad, escudriñaron el paraje en sombras, hasta más allá del Terrario. El reloj luminoso del pabellón central, lentamente giratorio, era visible desde cualquier punto del parque.

Señalaba, exactamente, las diez y treinta minutos.

Una risa susurrada, malévola, brotó roncamente, debajo del tejido sintético deformante. Luego, el merodeador prosiguió su paseo, con un objetivo evidente. No había dudas ni vacilaciones en sus andares. No había indecisión alguna en su actitud.

Iba a hacer algo. Y sabía qué era y dónde.

Dejó atrás el Terrario. Llegó ante un pequeño edificio anexo, en una de cuyas vidrieras había una rendija de luz. Se detuvo allí. Sus

ojos se clavaron en la cartulina adherida a la madera. Los caracteres impresos eran claramente legibles:

«SERVICIOS DE LIMPIEZA.
PROHIBIDO EL PASO A
TODA PERSONA AJENA».

Avanzó unos pasos más. Se aproximó al resquicio de claridad del interior. Miró.

Los ojos del nocturno paseante del parque descubrieron la semidesnudez de una mujer ante un espejo. Una mujer joven, vulgar, robusta.

Se había despojado de su blusa. El corpiño, sobre el torso voluminoso, era demasiado ajustado para tan generosas opulencias. La mujer, ajena a la observación de que era objeto, canturreaba entre dientes una canción de Joan Báez, desafinando bastante, mientras procedía a cambiarse de ropas.

Por la rendija de la entreabierta ventana, se descubrían útiles de limpieza, guantes de goma, detergentes y cosas así. La mujer debía ser una sirvienta del Zoo, terminado su servicio. Joven, morena y vigorosa, sin duda era chicana, por su aspecto, su tez y sus facciones. Una típica mexicano-californiana, de sangre caliente y físico exuberante.

El personaje misterioso se encaramó ágilmente al ventanal, y una vez pisó su alféizar, empujó con violencia, saltando al interior.

La chicana se volvió bruscamente, con vivo terror, al producirse el ruido. Exhaló un grito.

—¿Qué significa...? —comenzó, mirando asombrada al extraño intruso—. ¿Quién es usted y qué...?

Por pudor instintivo, se cubría los voluminosos pechos con ambos brazos. Sus ojos desorbitados, en el rostro bronceado, de toscas facciones, revelaron un enorme pavor. Sobre todo, cuando aquel ser extrajo su mano izquierda del bolsillo.

El monstruoso muñón con la pinza metálica, dorada, emergió ante el rostro crispado de la sirvienta.

Un alarido escalofriante rasgó la noche, cuando la espantosa mano ortopédica rasgó, a su vez el rostro y la garganta de la robusta chicana.

En el Zoo estalló un repentino confuso clamor de alarma.

Rugieron los leones, rascaron las zarpas de los felinos en sus jaulas, y chillaron agudamente las medrosas aves tropicales, aleteando en las arboledas del parque.

La fauna presentía el peligro. Los animales salvajes olfateaban la sangre humana derramada. La muerte andaba por el Zoo. La muerte había descargado un nuevo golpe sangriento, y un cuerpo semidesnudo, de mujer morena, estaba siendo desgarrado por un arma insólita y poderosa.

La noche olía a sangre y a horror. Y a muerte.

Las fieras lo sabían. Las fieras lo olían.

CAPÍTULO III

—Perla Méndez. Chicana. Atendía los servicios de limpieza de los terrarios, en su exterior. Las instalaciones para saurios y reptiles, naturalmente, las limpia y cuida un experto. Un tal Homer Wallace, capitán.

Granger no contestó. Ni emitió comentario alguno. Parecía realmente horrorizado. La víctima era una sola. Pero por la sangre derramada, que salpicaba paredes, muebles, espejo y útiles de limpieza, parecían diez.

Las mutilaciones resultaban escalofriantes. Si la morena mujer de sangre latina había tenido en vida algún atractivo puramente carnal, ahora no era sino una piltrafa, perdida entre manchones escarlata.

—Es horrendo —jadeó por fin, allí al fondo, la voz ronca de Banyard Cole, el alto, joven, atlético y elegante socio administrador del Zoo Park—. ¿Quién pudo hacer algo así? Es como si una de las fieras sanguinarias hubiera escapado.

Cual si fuese una respuesta a su comentario, en alguna parte del Zoológico aulló lastimeramente una leona. En otro punto alguna hiena emitió su malévola risa. Seguían oliendo a sangre.

—Pero ninguna fiera escapó, señor Cole —suspiró el sargento Lundigan, volviéndose a él—. Hay suelta otra clase de fiera salvaje en estos lugares.

—¿Un ser humano? —Cole respiró hondo, ensombrecidos sus verdes ojos oscuros.

—Si puede llamársele así... —Lundigan se encogió de hombros, contemplando el cuerpo sin vida, destrozado a limpio zarpazo de metal cortante. El doctor Leigh, forense de San Diego, se incorporó, con un suspiro. Meneó la cabeza. El sargento le interpeló—: ¿Y bien, doctor?

—Obviamente, la autopsia no nos aclarará mucho más. Todo

está a la vista. El laboratorio sí puede ayudarnos. Pero supongo su informe; el mismo tipo de arma que en la playa.

—¿Un garfio? —indagó, rápido, el capitán Granger.

—Algo así. Un objeto de forma peculiar, daba la trayectoria y forma de los cortes, su profundidad y contundencia. No es exactamente un garfio, porque además de punta incisiva, tiene un filo muy cortante. Es una tontería, capitán, pero yo diría que...

—¿Qué diría usted, doctor Leigh? —le alentó Granger vivamente, ante su pausa.

—Que el arma utilizada... tiene forma de pinza de cangrejo.

—¿Pinza de cangrejo? —Parpadeó Lundigan—. No conozco ninguna así...

—Yo tampoco. Quizá sólo se le parezca, pero un arma de esa estructura cortaría así. Los crustáceos las tienen dentadas, pero en este caso sería de filo, casi como unas tijeras curvas. Pero no son, en modo alguno, unas tijeras.

—Extraña posibilidad. ¿Dónde hallar armas así?

—No lo sé, sargento —el forense se encaminó a la salida—. Sólo puedo asegurarles algo; los dos crímenes son obra de una misma persona. Golpes zurdos, brutales, con un arma como la mencionada. En ambos casos coincide todo. Bueno, todo... menos algo insignificante; la picadura de alacrán.

—¿Alacrán? —El oficial de Homicidios de Los Ángeles se sobresaltó—. ¿A qué se refiere, doctor?

—La muchacha sueca había sido picada por un alacrán, allá en la cala arenosa. En el tobillo. Justo cuando era atacada por su asesino, sin duda alguna.

—Un alacrán... —repitió Granger, ceñudo—. Ellos también tienen pinzas de crustáceos, doctor.

—Cierto —sonrió el forense—. Pero infinitamente más pequeñas que la del asesino.

—Estaba pensando ahora en otra clase de escorpión, doctor. Un escorpión humano... Un maniaco homicida, mil veces peor que un alacrán.

El silencio siguió a esas palabras. Banyard Cole, bastante pálido, se encaminó a la puerta, evitando mirar el desgarrado cadáver, los churretes siniestros, de sangre seca, que lo embadurnaban todo.

—Supongo... Supongo que querrán investigar al personal del

Zoo, por si hay algún sospechoso entre ellos...

—Sí, por favor, señor Cole. Pero también nos interesa mucho saber si podría quedarse algún asistente al Zoo dentro del recinto, una vez cerrado éste por la noche.

—¿Un asistente? —vaciló Cole, sorprendido—. Pues no sé... Imagino que tal posibilidad existe siempre, capitán. Sobre todo si el tipo es astuto. Pero una vez llegada la hora de cerrar, nadie puede entrar ni salir en el parque.

—Muy seguro está de eso, señor Cole —arrugó el ceño Lundigan—. ¿Por qué motivo?

—Porque un sistema electrónico de seguridad, asegura tal cosa de modo indiscutible. La computadora central, en el pabellón del centro, tiene un vigilante especial toda la noche. Si un merodeador intenta saltar una valla, franquear una puerta exterior o cualquier otro procedimiento, se registra la alarma y suena automáticamente la sirena.

—Entiendo —el capitán Granger se frotó el mentón, pensativo—. En ese caso, señores, tenemos dos posibilidades muy razonables donde elegir: O el hombre del coche extranjero ha entrado ayer en el Zoo, quedándose dentro y huyendo hoy, de algún modo, o... alguien del propio Zoo cometió este crimen.

Kirk Lester alzó los ojos al cielo, flotando en las azules aguas de la piscina.

El helicóptero de la policía de Los Ángeles sobrevolaba el Nevada Hotel y el Zoo Park. Era ya su tercera pasada. A bordo, un agente escudriñaba hacia abajo, con unos potentes prismáticos en cuyas lentes centelleaban los reflejos del sol.

—El asesinato de anoche, en el Zoológico, ha conmovido a toda la policía del condado —dijo alguien cerca de él, entre chapotes de agua.

Se volvió Kirk. La sirena pelirroja emergía junto a él, exultante de vitalidad, resaltando en su escultural figura, bronceada por el sol y la brisa de California, el tono verde brillante de su bañador de dos piezas. Era una muchacha turbadoramente atractiva, de rasgados ojos agrisados, y breve naricilla, sobre el mohín de su boca carnosa. Su figura era digna de cubrir la plana central de *Play Boy*, con todos los honores.

—Algo he oído —asintió Kirk, pensativo—. Había revuelo esta mañana, en el hotel. ¿Qué ha sucedido exactamente?

—Mataron a una mujer, una mexicano-californiana del servicio de limpieza —explicó la joven náyade, con voz suave, melodiosa, que era como una caricia para los oídos—. Algo realmente horrible.

Kirk nadó junto a ella con facilidad. Observó que la desconocida estudiaba sus elásticos músculos con disimulado interés.

—¿Cómo la mataron? —indagó Lester.

—Con algún arma muy cortante y poderosa. Los destrozos creo que son espantosos. Dicen que el asesino puede ser un maníaco, un loco. La policía sospecha que es el mismo autor del crimen en la cala de San Diego.

Se estremeció Kirk. Había temido algo así desde que oyera aquella mañana, en el hotel, los rumores sobre una nueva muerte violenta, esta vez en el Zoo.

Sus sospechas eran ciertas. Estaba cerca de algo. Pero ¿qué podía ser? De algo no había dudas; el Zoológico era la clave. Y el asesino de la mano ortopédica color oro podía estar allí dentro. Ser una persona del propio Zoo de Max Carruthers...

—Sabe usted muchas cosas, por lo que veo —sonrió Kirk—. ¿Pertenece acaso a la policía?

—¡Cielos, no! —rió ella—. ¿Tengo aire de funcionaria oficial? Sólo soy empleada del zoo.

—¿Del zoo? ¿Y vive usted aquí en el hotel?

—Mi empleo es nuevo. Llevo sólo tres días con Max Carruthers —ella dio unas brazadas de espaldas, luego se sumergió, y emergió con la gracia y agilidad de una sirena. Sacudiendo el agua de su rojo cabello, añadió risueña—: Soy Candy Astor, jefe de personal del Zoo Park. Suplo al viejo señor McKern, que abandonó el cargo. Creo que esta semana tendré habilitado mi *bungalow* personal, con los demás empleados de la empresa. Mientras tanto, la Carruthers Incorporated corre generosamente con mis gastos en un hotel de lujo. Como ve, vale la pena trabajar para ese hombre. ¿Usted es turista, acaso?

—En efecto. Me llamo Kirk Lester. Soy canadiense —mintió. Buceó junto a ella, preguntó luego, cuando ambos alcanzaron la escalerilla de acceso al embaldosado de la terraza—: ¿No la ha interrogado la policía, en tanto se aclaran las cosas en el zoo?

—No, porque yo salgo de allí antes de cerrar el recinto, y no vuelvo hasta el siguiente día. El sistema de seguridad electrónico garantiza que nadie entra ni sale de noche de ese parque. De modo que no puedo ser sospechosa —rió de buena gana—. Yo no pude cometer el crimen.

—Si yo fuese policía, nunca pensaría de usted una cosa semejante.

—Es muy amable. Pero ya verá cómo los agentes de la ley no tardan en requerirme, cuando menos para que vaya a ayudarles con informes sobre el personal a mi cargo, y...

—¡Candy! —llamó una voz de mujer, desde la zona de las mesas, asientos y toldos multicolores—. ¡Candy, venga pronto!

—¿No se lo dije? —suspiró la sugestiva jefe de personal de Max Carruthers, saltando fuera de la piletta, con el agua corriendo sobre su bronceado busto, sobre sus largos muslos bien torneados—. Esa chica que me llama es un huésped ilustre de este hotel. Una buena chica, en una situación muy especial, porque...

—¡Candy! —insistió la rubia joven que, en pantalones largos, plateados y muy ceñidos a sus estupendas curvas, asomaba ya, cerca de la piscina—. Candy, es la policía... Es urgente.

—Sí, Ally, ya voy... —Miró a Kirk, añadiendo—: Esa joven es Allyson Foreman. Hija de un célebre y antiguo gánster, hoy día millonario. Ha estudiado en Inglaterra, de donde ha venido a reunirse con su padre, al cabo de años de separación, tras la muerte de su madre. Y todo esto ocurre ahora, y esa chica está fuera del internado inglés... porque Lucky Foreman, el viejo gánster, padece un cáncer incurable, sólo tiene dos o tres meses de vida, y ella va a heredar toda su fortuna, endulzando los últimos días de su padre. Como ve, señor Lester, todo un melodrama... especialmente para esa pobre joven.

Se alejó, andando elástica, cimbreante, sobre sus chinelas doradas, hasta reunirse con la rubia hija del gánster. Las dos mujeres, cariñosamente enlazadas, se perdieron entre las mesas donde los camareros servían refrescos y aperitivos a los clientes del hotel.

«Estudió en Inglaterra... —Kirk Lester se mordió el labio inferior, preocupado—. Ella notará fácilmente que soy inglés, en cuanto crucemos dos palabras... Espero que eso no complique las

cosas. Por cierto, que esto parece un paraíso. ¡Vaya par de criaturas que acabo de conocer!».

Y como reforzando esa idea, observó que Allyson Foreman giraba la cabeza, curiosa, al haberle dicho algo Candy Astor. Le miró a él, y al verse descubierta, sonrió. Luego fue Candy la que se volvió y terminaron riendo las dos, mientras se perdían tras las vidrieras del vestíbulo del hotel.

Lester se encaminó, pensativo, a su asiento, toalla en mano. Sonreía vagamente, a flor de labio.

Estaba pensando en las dos muchachas. Pero cuando su mente se desvió para pensar en el sangriento asesinato del zoológico vecino, la sonrisa se evaporó de sus labios, e incluso de sus ojos.

El asunto era demasiado grave para encontrarle lado humorístico alguno.

Especialmente para Kirk Lester, principal sospechoso.

—Es como si alguien pretendiera hundir mi obra —comentó con acritud Max Carruthers.

Banyard Cole le miró pensativo, mientras examinaba una vez más el perfecto funcionamiento de la computadora electrónica, de cuya fidelidad dependía en gran parte la seguridad del recinto. Todo estaba en orden. Los circuitos electrónicos funcionaban correctamente.

—¿Quién iba a pretender tal cosa? —dudó Cole—. ¿Algún competidor financiero?

—No necesariamente —replicó Carruthers—. Tengo muchos enemigos. Algunos, muy cerca de mí. Gente que me vería gustosa en la ruina. Y habrán pensado en el escándalo, como medio de hacerlo.

—¿El escándalo... a costa de un crimen?

—Hay pistoleros y asesinos profesionales, capaces de cumplir un encargo así, Cole. El Sindicato del Crimen no es un mito. Existe.

—¿Qué personas podían llegar a tal extremo?

—Algunas que me odian. Usted, por ejemplo, Cole.

—¿Yo? —Banyard pegó un respingo.

—O mi esposa Shelley —rió desagradablemente Max Carruthers—. Ambos me odian lo bastante como para ello, ¿no es cierto?

—Carruthers, ¿se ha vuelto loco? —arrugó el ceño Banyard Cole, con agresividad—. ¿Qué pretende dar a entender con ese disparate?

—No es ningún disparate —repuso el millonario, con evidente aspereza—. No irá a negarme usted ahora que tiene relaciones con mi esposa, ¿verdad, Cole?

Banyard apretó los labios. Estaba congestionado.

—Es usted un cerdo, Carruthers —le insultó con dureza.

—Vaya... —Malévolo, el magnate moduló una hosca risita—. El muerto de hambre, pretendido manantial de innumerables ideas, no sólo me traiciona con mi propia esposa, sino que se atreve, incluso, a sacar los pies del tiesto y lanzarme insultos y palabras soeces. ¿Ha pensado que va a tener que cargar con una divorciada caprichosa, hecha a lujos y despilfarras, y que no obtendrá de mí un solo dólar cuando me concedan la separación por adulterio? ¿Se ha parado un momento a meditar en su situación real, cuando yo le eche de mi lado por abuso de confianza? Van a formar ustedes una hermosa pareja de desgraciados.

—Escuche, buitre asqueroso —silabeó Cole, yendo directamente hacia él—. Escuche bien lo que voy a decirle ahora. Es usted tan vil, tan abyecto, que me produce náuseas. Tendría que haber sido usted quien cayera destrozado, a manos de ese asesino, y no la empleada de limpieza. Pero no cante victoria todavía.

—¿Va a ordenar ahora a algún esbirro suyo que me mate antes del divorcio? —le desafió el millonario—. Ése sería un método seguro de hacer rica a mi viuda. Pero hágalo rápido. Pienso hacer testamento, desheredándola.

—¿A quién nombrará nuevo beneficiario? ¿A Jassmin, la rectora de esa secta de embaucadores?

Esta vez, el impacto verbal de Banyard Cole fue un blanco rotundo. Carruthers pestañeó, palideciendo. Su rostro imperturbable reveló una clara conmoción interna.

—¿Qué... qué dijo? —farfulló—. ¿Cómo puede usted saber...?

—Vigilándole, Carruthers —explicó Cole, desdeñoso—. Tengo buenos amigos en el Nevada Hotel. Cuando se presente ante el juez, éste recibirá suficientes evidencias de que, en todo caso, el adulterio es mutuo... y eso le obligará a no dejar a Shelley en la calle.

—¡Canalla, sucio chantajista! —rugió Carruthers, excepcionalmente rotos sus nervios de acero. Y se precipitó sobre su interlocutor, dispuesto a golpearle.

Banyard Cole le esperó a pie firme. Le recibió con un doble

mazazo de sus puños vigorosos. Por dos veces crujieron los huesos del mentón y mandíbula, y Carruthers se desplomó de espaldas, golpeando con su cuerpo la moderna computadora.

—Muy bien, caballeros —sonó tranquila la voz de mujer, en la entrada del recinto—. Edificante escena entre dos socios, mientras la policía busca dentro de su propio negocio al culpable de un asesinato. ¿Cuál de ustedes dos querrá olvidarse de sus rencillas personales y acompañarme a presencia del capitán Granger, de la División de Homicidios de Los Ángeles, para proceder a los interrogatorios e indagaciones con los empleados y el personal técnico y artístico del Pabellón Acuarama?

Los dos hombres dejaron de mirarse como mortales enemigos, para girar su avergonzada mirada hacia la sarcástica joven erguida ante ellos.

—Yo mismo me ocuparé de eso, señorita Astor —dijo Max Carruthers con dignidad, acercándose a su jefe de personal.

CAPÍTULO IV

Kirk observó al hombre apenas entró éste en el hotel.

No tuvo una razón especial para ello. Simplemente, se fijó en él.

Tampoco fue porque el tipo tuviera algo especial en sí, ni siquiera una personalidad muy definida. Por el contrario, era terriblemente vulgar. Estatura media, más bien bajo, cabello castaño, gafas de sol, traje veraniego gris perla... Pero se fijó en él.

Quizá fue solamente una cosa instintiva. Acaso, sin él saberlo, aquél respiraba «algo» especial, tenso, que su subconsciente detectó.

Sentado confortablemente en un diván-columpio, frente a las piscinas del hotel, Kirk contemplaba, desde detrás de sus gafas de sol, las zambullidas de los nadadores desde el alto trampolín, especialmente las del bello sexo, dignas del tecnicolor.

De súbito vio al hombre, y sintió el timbre de alarma en su cerebro.

No se movió. Tomó un sorbo del Martini, imperturbable el gesto, invisibles sus astutos ojos tras los oscuros vidrios de las gafas. Le vio cruzar la terraza hacia una determinada mesa.

La mesa ocupada por un hombre alto, fuerte, de cabellos plateados, rostro ancho y adusto, y su bella y joven compañera: La rubia Allyson Foreman. Él, por tanto, tenía que ser su padre, Lucky Foreman. El exgánster, el viejo *racketeer* de los tiempos dorados del hampa.

Estudió al antiguo mafioso. No daba la menor impresión de reconocer al hombre del traje gris. Éste tampoco parecía fijarse en absoluto en los ocupantes de la mesa. Lo parecía, solamente. Kirk estuvo repentinamente seguro de que el objetivo del desconocido era justamente aquél. Y estaba sólo tres mesas de la suya...

Calmoso, Lester se irguió un poco en el asiento, y empuñó la decorativa botella de soda, de metal niquelado. Pesaba, al menos, dos libras. La alzó, como si fuera a servirse soda en un vaso. Y

esperó, el dedo sobre el resorte...

Todo sucedió conforme su instinto le dictaba previamente. La corazonada resultó.

El hombre vulgar estaba ya ante la mesa de los Foreman, padre e hija. Su mano penetró veloz en la axila izquierda. Reapareció con una pistola automática. Alguien gritó. Foreman rugió, sin tiempo material para moverse.

—¡Ally, cuidado...!

La pistola automática del desconocido encañonó al exgánster. El dedo del pistolero iba a apretar el gatillo...

Vertiginoso, imperturbable en apariencia, Kirk Lester disparó el demoledor sifón de acero inoxidable contra el agresor. Y pidió mentalmente a la Providencia que no fallara el blanco.

No falló.

El impacto del sifón contra la mano y la pistola, fue seco, durísimo. El pistolero lanzó una blasfemia. De sus dedos escapó el arma, disparándose en el aire. La bala se hundió en el agua de la piscina, con un leve, sordo chapoteo.

Foreman, ya en pie, cubría a su hija con el cuerpo, dispuesto a todo con tal de librar de todo riesgo a la muchacha. El agresor, desarmado, echó a correr, ratonilmente, para evadirse. Kirk ya había previsto esa maniobra. Se precipitó desde su asiento, en diagonal a la trayectoria del fugitivo.

Se cruzaron ambos. Y Lester, al verle extraer una navaja automática que chascó en la mano del pistolero, puso en práctica una de sus llaves de karate, tal como la recordaba de sus lecciones en la academia londinense.

Su pierna se proyectó, disparando la navaja por los aires. Luego, una nueva acrobacia le lanzó encima de su adversario, a quien descargó un seco impacto con el filo de su mano bajo la oreja.

El hombre del traje gris cayó como fulminado. Quedó inconsciente a sus pies. Rápidamente, los camareros y personal del hotel rodearon al caído. Alguien llamó a un detective del establecimiento.

Kirk Lester respiró hondo. Y muy despacio, se encaminó a su mesa nuevamente, con la peculiar indiferencia de un caballero británico.

En breves minutos, el agresor estaba en manos de los detectives

del hotel y se avisaba a la policía, para entregarles el detenido. El incidente había terminado.

Kirk, calmado siempre, como si nada hubiera sucedido, continuó indolentemente la degustación de su frío Martini. Solamente alzó los ojos, tras sus gafas de montura metálica, cuando sonó la firme voz acerada, bronca:

—¿Me permite, señor?

Contempló a Lucky Foreman, reflexivo. El *exracketeer* estaba en pie ante él, nublando el sol con su humanidad.

—Por supuesto —asintió Kirk.

—¿Puedo sentarme?

—Sí, por favor —le mostró una silla. Luego, al ver que Allyson también se aproximaba, marcando el plateado pantalón la elasticidad de sus músculos de joven deportista, se puso en pie—. Siéntese, se lo ruego. ¿Qué desean tomar?

—No, nada. —Foreman le escudriñó, mientras se sentaba frente a él y Allyson lo hacía en la otra silla de lona multicolor—. Señor, mi hija y yo le estamos muy agradecidos. Le debemos la vida.

—No tuvo la menor importancia. Pura fortuna, creo.

—En absoluto. Su intervención fue portentosa de reflejos, astucia y precisión. Tres condiciones que yo valoro mucho. Y más cuando ha servido, no ya para salvar mi vida, que no merece demasiado la pena, sino la de mi hija Allyson. Ese asesino a sueldo, ese bastardo pagado por el Sindicato, pudo haber matado a mi hija, si llega a abrir fuego.

—Sí, es muy posible —aceptó Kirk—. Estaban ustedes muy cerca uno de otro.

—Señor, ¿usted sabe quién soy yo? —preguntó de repente Lucky Foreman.

—Sí —asintió Lester—. Lo sé. Candy Astor me lo contó.

—Oh, mi amiga del zoo... —Allyson le contempló, con un gesto risueño, malicioso—. Usted es Kirk Lester, del Canadá, ¿no es cierto?

—Exacto —sonrió Kirk.

—Me había parecido usted inglés, por su modo de hablar, por su aspecto... —Allyson le estudiaba con interés evidente—. Ya sabía usted que he pasado toda mi vida, prácticamente, en un internado de Londres. Estoy habituada al acento británico.

—Lo sé. Y no anda descaminada. Mis padres eran ingleses — justificó Lester.

—Señor Lester, como le decía antes, mi gratitud es inmensa — cortó con brusquedad Foreman—. Mi vida no cuenta, porque dentro de tres meses, a lo sumo, ya no estaré en el mundo.

—¡Papá, por Dios...! —rogó la muchacha, ensombrecida.

—Me gusta llamar a cada cosa por su nombre, Allyson. Mi enfermedad no perdona. Estoy hecho a esa idea, y quiero morir con la satisfacción de haber dedicado los últimos meses de mi vida al único ser querido que me queda, y a quien nunca atendí debidamente, a causa de mis sucios negocios, limitándome a pagarle un internado de lujo en las afueras de Londres, en West Ham, exactamente. Esa persona, por supuesto, es mi hija, señor Lester.

—Sí, entiendo bien su problema.

—Ahora estamos disfrutando nuestras vacaciones. Las últimas para mí —dijo fríamente—. Las primeras para Ally...

—Es preferible no hablar de esto ahora —musitó Allyson, poniendo su mano en el brazo paterno—. No quiero que menciones cosas horribles, papá. Ni al señor Lester supongo que le gustará el tema. Lo importante es que su intervención evitó hoy una tragedia. Créame, señor Lester, también yo le estoy muy reconocida. Fue usted todo un héroe.

—Un héroe... —Se estremeció Kirk—. ¡Cielos, qué horrible palabra, señorita Foreman! Se la disculparía, cuando menos si me llamase sólo Kirk, en vez de «señor Lester». Ese tratamiento me hace sentirme viejo.

—Conforme, Kirk. Pero yo tampoco soy esa horrible «señorita Foreman» que usted me llama. Allyson es mucho más fácil, ¿no cree?

—Y más bonito —sonrió Lester—. Bien, Ally. Espero que este incidente de hoy sirva para iniciar entre nosotros una buena amistad.

—Sería magnífico —aprobó ella, radiante—. Lo que empezó como un drama, termina así agradablemente para nosotros.

—Será la primera consecuencia positiva de algo planeado por el Sindicato —refunfuñó secamente su padre—. Esa gentuza aún desea matar al viejo Lucky Foreman... Y por Dios que han estado a punto

de conseguirlo. Tendré que adoptar de nuevo precauciones, como en los viejos tiempos. Hablaré con la policía. Ya no tengo deudas con la justicia, Lester. Legalmente, soy un ciudadano respetable.

—Tiene bien a mano a la policía —sonrió Lester—. Este lugar parece elegido por el destino para que la violencia impere en él.

—¿Lo dice por lo del zoo? —Se estremeció Allyson—. Es horrible saber que un asesino anda suelto por aquí cerca. Y más, un asesino de esa especie, un sádico de quien nadie sabe nada. Las mujeres estamos asustadas. Dicen que es el mismo que mató a otra chica en una playa cercana...

—Sí, eso parece. —Lester miró alrededor—. Lo malo de esa clase de asesinos, es que puede ser cualquiera de esas amables y correctas personas que nos rodean, tomando el sol y disfrutando del confort de un hotel de lujo.

—O un visitante del zoo —señaló Allyson.

—O un empleado del zoo —añadió pensativo Kirk.

Ella le miró con sorpresa. Enarcó sus decoradas cejas.

—¿Por qué dijo eso? —indagó—. ¿Sospecha usted algo así?

—No sospecho nada especial. Podría ser, sin embargo. Son tres posibilidades. Como también cabe que el culpable haya escapado ya muy lejos de San Diego, después de sus crímenes.

—¿Usted lo cree? —se interesó Allyson Foreman.

—No —confesó francamente Lester—. No lo creo. Presiento que el asesino sigue por aquí. Si odia a las mujeres o siente contra ellas algo morboso, sabe que en una zona de turismo es fácil hallar mujeres hermosas y confiadas.

—¡Cielos...! —Tuvo Allyson un estremecimiento—. Será cuestión de cuidarse...

—Sí. —Kirk la contempló, significativo—. Usted debe cuidarse mucho, Allyson, si el criminal tiene debilidad por las mujeres jóvenes y atractivas...

—Opino igual —convino su padre seriamente—. Ya la advertí en ese sentido, Lester. Por cierto que Ally está deseosa de visitar ese zoológico, y he pensado que vale más no arriesgarse.

—Señor Foreman, si su hija no tiene inconveniente, y usted me lo permite, gustosamente la acompañaré al parque zoológico cuando lo desee, sin preocupación de ningún género. Le garantizo que nada va a sucederle, en tanto permanezca a mi lado.

—Tras lo que he visto hoy aquí, le creo firmemente, amigo mío —suspiró el antiguo gánster. Miró a su hija—. Por mí, no hay inconveniente. ¿Qué dices tú, querida?

—Acepto encantada —palmoteo ella, gozosa. Sonrió a Lester—. Estamos esperando a mi mejor amiga, Maisie Scott, compañera de estudios en el internado de Londres, que viene a pasar con nosotros un mes de vacaciones en California, directamente desde Inglaterra. Pero quizá tarde aún tres o cuatro días en hacer el viaje, y ardo en deseos de divertirme un poco. ¿Le parece bien esta tarde, Kirk?

—Esta tarde —aceptó él, sonriente.

Y pensó que era una buena cosa ir al zoológico a curiosear, con una compañía tan encantadora como la de Allyson Foreman.

Pero también pensaba en que era más seguro para él ir acompañado de una muchacha, para desviar de su persona toda posible sospecha, a ojos de la policía.

Ellos buscaban a un hombre solitario. A un presunto asesino, dueño de un coche deportivo europeo.

Él no iba a ir solo al Zoo Park. Allyson sería su mejor camuflaje.

—¿No es todo esto fascinante?

—La Naturaleza siempre lo es, Ally. Y ver en libertad a esos leones, tigres, jaguares y toda clase de fieras salvajes, es sentirse en contacto directo con lo mejor de esa Naturaleza.

—Ya no me refiero sólo a eso, con ser impresionante, sino al hecho de haber levantado en pocos meses este zoológico, que es más una feria selvática que otra cosa.

—Prodigios de la iniciativa americana —rió Lester, irónico—. En el desierto, construir oasis. Es el gran mérito de personas como Max Carruthers. Invierten su dinero en dar diversiones a los demás. Y de paso, duplican su fortuna, circunstancia nada desdeñable.

—¿Qué espíritu domina en usted, Lester? —Curioseó ella, apoyándose en la barandilla del estanque artificial dedicado a los rosados flamencos. Unos policromados marabúes y un curioso pavo real, de cola esplendorosa, deambulaban por el césped, en torno al agua—. ¿El espíritu británico o el típicamente yanqui?

—Me siento inglés, por encima de todo —y Lester no mentía en eso—. Y europeo, por tanto. Es cosa de la sangre, sin duda. Pero también soy un poco ciudadano del mundo.

—¿Viaja usted mucho?

—Mucho. Me gusta recorrer países, ir de sitio en sitio. Es el más bello de los deportes humanos. Vale la pena conocer el mundo en que vivimos, Ally.

—Sí, creo que es algo apasionante —suspiró ella, siguiendo ahora el paseo, entre jaulas de pájaros tropicales y de lince y ocelotes—. Yo sólo conozco Nueva York y Chicago, siendo muy niña. Luego, el internado de Londres, algo de la ciudad y ahora California. Eso es todo.

—Está empezando a vivir —la miró, risueño—. Y usted, Ally, ¿cómo se siente? Su vida ha sido mitad americana mitad británica...

—Le confieso que no lo sé. Estoy indecisa aún. Es todo tan confuso... Mi difícil infancia, con mi padre en sus feos negocios, su prisión, la muerte de mamá en el East End neoyorquino... Luego, mi padre pensó un poco en mí, me sacó de los suburbios de Nueva York, olvidando el rencor a mamá por la separación, y entonces he vivido mis mejores años, pese a transcurrir dentro de un internado.

—Sí, observo que su acento y su estilo son ingleses, Ally, aunque usted no se dé siquiera cuenta de ello. —Lester le dirigió una sonrisa. Luego miró ante sí, al edificio blanco que se alzaba tras unas palmeras—. ¿Le gustan los reptiles? ¿Los saurios?

—¡Oh, no! —Se estremeció—. Serpientes, caimanes... Me repelen, no puedo evitarlo.

—Entonces, no querrá visitar el Terrario.

Allyson contempló el edificio, dubitativa. Luego negó lentamente.

—No, la verdad —confesó. Su mirada fue más allá, a un moderno edificio, de grandes vidrieras y cornisa audaz, sobre un acceso repleto de zonas ajardinadas—. Y aquello, ¿qué es?

Kirk consultó la guía del Zoo Park Fair.

—El Acuarium —explicó—. El pabellón destinado a exhibición de delfines y focas. Al lado se levanta el Acuario. Hay exhibición de bañistas, en *ballet* acuático, con los delfines, tres veces al día. ¿Quiere verlo?

—Sí, por favor. Eso me atrae. Es mucho más agradable que ver cocodrilos y reptiles...

—Quizá tenga razón, Ally. Vamos a ver a esos delfines...

Adquirieron unas postales y unas bolsas de *pop corn* en un puesto ambulante de la feria, y se encaminaron al Acuarium,

pasando frente al edificio del Terrario.

Súbitamente, Kirk Lester le vio.

Perplejo, se paró en seco, mirando incrédulo a través de la multitud. Sus ojos se elevaron en la puerta de servicio del Terrario.

El hombre del guardapolvo amarillo, largo, y gorra verde, acababa de desaparecer en el oscuro interior de la instalación destinada a saurios, reptiles y anfibios.

La misma larga, extraña, colorida figura.

¡El asesino de la playa! El hombre del brazo ortopédico dorado.

No había visto su terrorífico garfio de oro, pero lo imaginó fácilmente, oculto en uno de los bolsillos del guardapolvo. En ellos hundía el siniestro personaje sus manos.

Fue visto y no visto. Tan fulminante, que no llegó a advertir más detalles. El hombre había desaparecido dentro del Terrario definitivamente.

—Kirk, ¿qué le ocurre? —preguntó Allyson, intrigada, adviniendo su repentina inmovilidad, su tensión, su rostro crispado, su mirada alerta.

—Ally, un momento —pidió Kirk, con voz ronca—. ¿De veras le horrorizan los terrarios?

—Sí, ya se lo dije. ¿Por qué lo pregunta?

—Por nada. Quédese un momento aquí, se lo ruego. Junto al quiosco.

—¿Adónde va usted, Kirk? —Se inquietó ella.

—Al Terrario, precisamente. Volveré enseguida.

—Creí que no tenía gran interés en él...

—He cambiado de idea. No es lo que cree. Se lo contaré luego, Ally.

Y dejando a la muchacha junto al puesto de fotografías y maíz tostado, corrió hacia el Terrario, abriéndose paso entre el gentío que invadía las alamedas del zoológico.

No utilizó la entrada y salida reglamentaria del recinto. En vez de ello, empujó la puerta de servicio, y se adentró resueltamente en la oscuridad de su angosto, húmedo corredor.

Sin armas. Con sus manos desnudas.

Detrás de un despiadado asesino, provisto del arma más demoledora y terrible que se podía imaginar. Y quizá dentro de su propio cubil.

CAPÍTULO V

Tenían un extraño olor los terrarios. Muy extraño y viscoso.

Quizá era un indefinible aroma, mezcla de piel de víboras, baba de saurios, hedor de humedad y sombras. Un clima denso y sin actividad, donde la larga siesta tediosa de los anfibios era propicia, en una duermevela siniestra, con los brillantes ojillos entornados.

Pero allí dentro había algo más que anfibios. Y ese «algo» era un ser humano vestido de amarillo, con una gorra verde. El asesino.

Kirk había visto a los funcionarios y vigilantes del zoo. Vestían uniforme verde, con gorra bordeada de amarillo, pero en nada se parecían sus ropas, salvo en esos dos tonos, al grotesco atavío del conductor de la furgoneta.

Por eso ahora iba en pos del hombre apenas entrevisto en la entrada del Terrario. Ahora sabía que lo tenía allí, en alguna parte de la oscura trastienda de la instalación. Ante él. Quizá ajeno a su presencia, quizá acechando...

No se arredró. Estaba decidido a llegar al fondo de la cuestión. Afrontando, incluso, el peligro emboscado en la oscuridad. El peligro de un hombre sin piedad, seguramente un maniaco, provisto de un arma terrorífica.

Mientras avanzaba, fijos sus ojos en la sombra, tratando de habituarse a la oscuridad, su mente evocaba momentos y detalles de aquella visión suya en la playa: la rubia turista, la sangre, la furgoneta, el rostro tras la malla de nylon... y la pinza o garfio afilado, como una hoz, en vez de la mano izquierda.

De repente, se paró en seco. Las imágenes del escenario del primer crimen se diluyeron en su cerebro. Otras imágenes más próximas y directas le obligaron a ello.

Ante él había luz. Era apenas un resquicio, tras una plancha metálica, deslizante. Una puerta sobre un raíl engrasado. Más allá, claridad diurna. Y leves ruidos. Deslizamientos sinuosos, roces

viscosos, siseos sibilantes, muy característicos...

Reptiles. Saurios. Tortugas...

El olor agrio de aquellas criaturas le hirió el olfato. Al mismo tiempo, oyó ruido de pisadas, el crujido del plástico del guardapolvo amarillo quizá...

Allí estaba. Ante él. A menos de cinco o seis yardas de distancia. Separado sólo por una puerta metálica sin cerrar.

Kirk Lester se decidió. Sabía lo arriesgado que era su juego. A vida o muerte. Pero valía la pena dar caza a aquel asesino, y presentarlo a la policía como evidencia perfecta a su favor.

Llegó a la puerta. Deslizó un poco más la hoja de metal y pudo ver al hombre del guardapolvo amarillo. De espaldas a él, ante un muro de verja alambrada, por el que llegaba la luz del día, a través de unos tragaluces de vidrio. En el techo de la instalación había una escotilla o trampa por la que el individuo lanzaba comida de un cubo de plástico a los temibles animales del Terrario, protegida su mano por otra red.

Su mano; era la derecha. No pudo verle la zurda, la temible zurda.

Se jugó su única carta. Era un «farol» audaz, en donde su vida era el resto. La temeridad podía serle fatal. Pero no le importó. Ya no era momento de volverse atrás.

Avanzó justo hasta las espaldas del desconocido. Su cilíndrico encendedor de plata podía servirle. Lo apoyó, brusco, en la espalda amarilla.

—Ni un movimiento —silabeó con dureza, apretando el objeto de metal contra las costillas—. No haga nada. Si mueve la zurda, disparo. Levante lentamente ambos brazos.

El hombre se puso rígido. Cayó comida desde su diestra al cubo de plástico. Muy despacio, obediente, alzó esa mano. Luego, comenzó a mover el brazo izquierdo...

—¡Más despacio! —Silabeó con acritud Lester, presionando con mayor fuerza—. Mucho cuidado, amigo. Si quiere utilizar su arma, le atravieso sin compasión.

—¿Qué significa esto? —La ronca voz del otro sonó asombrada—. ¿Qué pretende usted, quienquiera que sea?

—Bien lo sabe. Soy el hombre que le vio en la playa. Se ha terminado su juego.

—No sé a qué diablos se refiere —masculló rabioso, temblando su cuerpo, no sabía Kirk si de miedo, angustia o ira—. ¿Se ha vuelto loco? No se puede entrar aquí. Es peligroso...

—Usted es el peligroso señor del garfio de oro.

—¿Del... qué? —jadeó, perplejo, el amenazado.

Kirk Lester fue quién se quedó ahora estupefacto.

El hombre del guardapolvo amarillo yema había alzado sus dos brazos. Pudo verle ambas manos.

No llevaba ninguna ortopédica. Ni la necesitaba. Su mano zurda era perfectamente normal.

—Vaya... —dijo Lester—. ¿De modo que fue tan ingenuo, señor asesino? ¿Utilizó una mano ortopédica postiza, sobre la suya propia, a modo de arma?

—¿Asesino? ¿Mano ortopédica? —El otro seguía de espaldas, se estremeció violentamente—. Pero ¿qué dice? ¿Quién diablos es usted? No entiendo una sola palabra de todo esto. Yo soy Homer Wallace, encargado de la limpieza y la comida del Terrario. Si busca a alguien con mano ortopédica, se equivocó de sitio. Está en el Acuarama, y su nombre es Nelson McDiver. Pero no comprendo aún qué diablos...

En ese momento, los ojos de Kirk Lester se dilataron. Allá, a través del grueso vidrio que separaba a los animales del Terrario, de los visitantes del zoológico, no eran ahora asistentes los que desfilaban... ¡sino hasta una docena larga de hombres uniformados con guardapolvo amarillo y gorra verde!

Todos iguales al hombre del Terrario.

Todos iguales al asesino de la mano de oro.

—¿Qué significa eso? —exclamó Kirk—. ¿Quiénes son esos que pasan? ¡Conteste!

—Empleados del servicio del Acuario y del Acuarama. Todos vestimos igual. ¿Por qué lo pregunta?

Kirk no respondió. En vez de ello, descargó un mazazo seco, brusco, demoledor, en la nuca del hombre llamado Wallace.

Cuando le vio caer a sus pies, inconsciente, cerró la trampilla de comunicación con las cabinas de los peligrosos anfibios y abandonó a la carrera el trasfondo del Terrario.

Sentía sobre sí la penosa y desoladora impresión de que había cometido un error garrafal, y el destino se burlaba de él con

sarcasmo.

—Kirk, ¿qué ha ocurrido, exactamente?

—Es largo de contar. Pero se lo contaré en breves palabras cuando encontremos un sitio adecuado para charlar.

—¿Un sitio adecuado? —Se intrigó ella.

—Sí. Un lugar donde podamos estar tranquilos. —Lester miró atrás preocupado, llevando aún del brazo a la muchacha. El Terrario quedaba lejos. Alrededor de ellos, la gente iba y venía, admirando animales exóticos, instalaciones espectaculares, jardinería esplendorosa—. Lejos de ciertos problemas, Ally.

—No entiendo nada —movió ella su cabeza, con perplejidad—. Habla usted de problemas, de sitios adecuados... Se ha apartado bruscamente de mí, se ha metido en el Terrario y vuelve extraño, cambiado, como si algo le hubiera sucedido...

—Y me ha sucedido, Ally —la detuvo, ante la entrada y taquillas de *tickets* especiales para el Acuarama, donde se formaban largas colas—. Le voy a ser sincero. Yo... Yo soy testigo del asesinato de la playa.

—¿Qué dice?

—Vi morir a la turista, en la playa. Vi al asesino. Y sé que está aquí, en este zoológico.

—¿Cómo lo sabe, Kirk? —El asombro de ella parecía inmenso.

—Entremos al Acuario —le señaló vivamente Lester, tirando de ella hacia el edificio inmediato al delfinario y piscina de espectáculos acuáticos—. Se lo contaré todo en pocas palabras, y entonces me entenderá mejor.

Ella le siguió dócilmente. Ambos se perdieron en los oscuros vericuetos del Acuario, entre iluminadas vidrieras que permitían seguir las evoluciones de los policromados peces en el azul límpido de las aguas, entre miniaturizados paisajes artificialmente submarinos. Toda clase de ejemplares de la fauna marítima, desde las frías aguas polares a los cálidos fondos tropicales, desfilaban en los rectángulos de luz y agua, mirando a veces, con sus redondos ojos muy abiertos, a aquellas personas que se movían a escasos pies de ellos, en las penumbras de los corredores. Tan próximos unos de otros, hombres y peces, y sin embargo en mundos diferentes. Muy diferentes.

Allyson escuchó, en el silencio umbrío de aquel lugar, paseando ante los acuarios, el relato de la historia de Kirk Lester. Una historia que empezaba en el momento mismo en que Kirk Lester llegó a las cercanías de San Diego, con su viejo «Jaguar» averiado. Y que terminaba con un error cometido en el Terrario...

Allyson Foreman, cuando él hubo terminado el relato, respiró hondo, inclinando la cabeza. Se apoyó junto a una vidriera donde bellísimos peces rojos y dorados parecían trazar un *ballet* lleno de imaginación y fantasía. Miró a Kirk, y sus ojos reflejaron la luz del acuario, pareciendo más azules todavía.

—Es... Es terrible, Kirk —sólo atinó a comentar.

—Terrible, sí —convino él—. A estas horas, todo el zoo anda revuelto sin duda. Ese empleado, Homer Wallace, habrá vuelto en sí e informado a la policía, sin duda alguna. Ahora me andarán buscando.

—¿Le vio él?

—No, por eso le golpeé. No quería que pudiera identificarme luego.

—¿Y qué piensa hacer ahora?

—No lo sé. Existe un empleado llamado Nelson McDiver que tiene la mano ortopédica. Si alguien puede ser el asesino, los indicios le acusan a él. No abundan los hombres con una mano metálica, ciertamente. El hecho de que todos los empleados del Acuario y Terrario lleven el mismo uniforme, amarillo y verde, como el emblema del Zoo Park, también apunta en esa dirección. Forzosamente el criminal es alguien que pertenece a este recinto. Por eso no sonó la alarma con el asesinato de la chicana Perla Méndez. Todo viene de aquí dentro, Ally.

—Pero ¿por qué? ¿Qué hay tras todo eso?

—Nada que yo entienda. Si es un loco homicida, eso lo explica todo. En ambos casos, fueron mujeres jóvenes. Sigrid Hasse era una escultura. La empleada del zoo era muy distinta, ordinaria incluso, según dicen. Pero era joven y de formas agresivas. Hay hombres que gustan de esa clase de mujeres.

—Pero... Pero ¿alguna de ellas fue... fue...? —Allyson enrojeció, deliciosamente turbada, y dejó la frase en el aire, sin completarla.

—Entiendo lo que piensa —sonrió Kirk, notando el arrebol en las mejillas de la joven, pese a la poca luz, azulada y tenue, de las

peceras murales—. Pero no es lo que usted imagina. He estudiado algo de psicología, y me interesó siempre la mentalidad de los delincuentes, muy en particular. Ha habido asesinos dementes que hacían del propio crimen un goce, un placer muy superior a cualquier otra forma de violencia. Existen casos, como Jack el Destripador o como el Estrangulador de Boston.

—¡Dios mío, qué horrible situación! —murmuró Allyson, cubriéndose el rostro—. Kirk, ¿por qué no deja que sean los policías quienes resuelvan el caso? Usted no es un detective. Y esto parece muy peligroso.

—Lo es. Pero tengo que hacerlo. La policía cree tener un culpable ideal: yo. Si me dan caza, pasaré como presunto asesino, y no creerán una sola palabra de mi historia.

—Pero usted puede probar que el asesino es un manco, un hombre con una mano ortopédica, de acero cortante...

—Sí, puedo alegar eso. Sólo que falta hallar esa mano ortopédica. Y que ellos acepten tal versión de los hechos.

—Aun así, si la policía tuviera su testimonio, todo sería más favorable para usted.

—Sí, pero no puedo ir a la policía, hablarles tranquilamente y esperar que... —Se detuvo. Estaban saliendo del Acuario. Los ojos de Lester fueron directamente a un punto en el exterior: una serie de cabinas telefónicas de uso público, en hilera. Rápido, tomó una decisión—. Ally, póngase en la cola del Acuarium. Me reúno enseguida con usted.

—¿Adónde va a ir ahora? —Se inquietó ella.

—Sólo a hacer una llamada telefónica. Vuelvo enseguida.

Se alejó. Poco después establecía comunicación con la policía local.

—Departamento de policía de San Diego —habló una voz monótona.

—Con un oficial, por favor —pidió Lester—. Es urgente.

—No se retire. Le pongo con el sargento Lundigan.

Poco después, la voz recia del sargento sonaba a través del auricular:

—Sargento Barry Lundigan. ¿Quién llama?

—El testigo del crimen en la playa, sargento —informó Kirk.

—¿Eh? ¿Qué dice? ¿Bromea usted? —tronó el funcionario de

policía.

—No. No bromeo. Escuche, porque colgaré rápido. No quiero jugarretas. Voy a informarle.

—¡Por todos los diablos, aguarde! Anotaré lo que...

—No, sargento. Trucos, no. No quiero que me cace y me acuse. Soy inocente. Pasaba por allí y vi el asesinato. El criminal vestía uniforme de empleado del Zoo Park, amarillo y verde. Se enmascaraba con una media de nylon y usaba una furgoneta del zoo. La matrícula empezaba en 2 y terminaba en 7. Es todo lo que vi. Y escuche esto: el asesino, en su mano zurda, llevaba un garfio o pinza de metal dorado, tinto en sangre. Usó su mano ortopédica como arma homicida. Me vio y huyó. Es todo.

—¡Espere, espere, se lo ruego! Quiero que usted me aclare...

—Es todo —repitió Lester, seco—. Averiguará que llamo desde el Zoo Park. Pero no va a arrestarme, sargento.

Colgó. Poco después se reunía con Allyson, en la cola del Acuarama. Y, adquiridos los respectivos billetes, entraban en el recinto.

Cuando un empleado de largo guardapolvo amarillo y gorra verde recogió sus billetes en un taladro automático, los ojos de Allyson se dilataron, fijos en algo. Crispadamente, la mano de ella oprimió el brazo de Lester. Éste siguió la dirección de la mirada de su compañera.

Vio lo que había provocado el sobresalto en Allyson.

El portero del Acuarama tenía una mano ortopédica.

Una corta pinza de metal dorado.

Las tres personas levantaron bruscamente sus cabezas.

—¿Qué le ocurre, sargento Lundigan? —se interesó el capitán Granger, dejando de cambiar impresiones con Max Carruthers y su jefe de personal, la joven y atractiva Candy Astor.

El sargento, que entraba en la amplia oficina funcional de dirección con rostro congestionado, resopló, tomando aliento suficiente para hablar con voz brusca.

—Capitán, he preferido venir personalmente a utilizar el teléfono —manifestó—. He dejado bloqueadas todas las salidas del zoológico con coches patrulla y hombres armados.

—¿Eso hizo? —aulló Carruthers, con sobresalto—. ¿Qué pretende usted, Lundigan? ¿Arruinar acaso mi negocio? ¿Qué cree

que hará la gente cuando vea los accesos tomados por la policía? ¿Supone que eso le gusta a alguien que venga aquí a gastarse su dinero y divertirse? Apelaré al gobernador si usted no...

—Por favor, señor Carruthers, no se excite —pidió el capitán Granger, conciliador—. Tenga en cuenta que el sargento habrá hecho eso por alguna razón de peso. Deje que él se explique.

—Capitán, siempre he sido un hombre poco excitable, por no decir nada. Pero esta situación es algo que crispa los nervios de cualquiera.

—Estoy de acuerdo con usted, pero si el sargento ha venido es por grave motivo. ¿No es así, Lundigan?

—Sí, señor. Así es —el policía local se aproximó a su superior—. Alguien ha telefoneado desde aquí a nuestro departamento.

Y refirió el contenido de la llamada. Granger frunció el ceño. Carruthers y la joven jefe de personal escucharon, entre sorprendidos e intrigados.

Al terminar Lundigan, el oficial de Homicidios hizo unas rápidas anotaciones en su agenda, mientras comentaba en voz alta:

—Esto coincide exactamente con lo que observó el forense. Una especie de pinzas afiladas... Extraña mano ortopédica la del asesino... ¿No logró localizar el origen de la llamada?

—Sí, un teléfono público dentro de este recinto. El comunicante tampoco lo ocultó. Pero, naturalmente, ignoramos quién pudo ser. Por otro lado, en el Terrario fue atacado uno de los empleados del señor Carruthers, un tal Homer Wallace, por alguien que buscaba igualmente a un hombre con mano ortopédica.

—Creo que hay un empleado así en el zoo, ¿no es cierto? —indagó Candy Astor, mirando al millonario.

Carruthers se encogió de hombros, como si todo aquello le disgustara profundamente.

—No sé —declaró—. Busque usted misma, señorita Astor. Son cosas de las que yo nunca me preocupo.

—No hace falta que busque —rechazó Lundigan—. El Acuarium está vigilado. Los asistentes y empleados que hay en el mismo serán controlados por agentes nuestros.

—¿Se ha vuelto loco? —estalló Carruthers—. ¡Eso escandalizará a mi público!

—Opino igual, sargento —corroboró gravemente el capitán

Granger—. ¿Por qué hizo tal cosa?

—Porque el teléfono utilizado para la llamada fue uno situado frente al Acuarama. Y porque en ese pabellón trabaja Nelson McDiver, que perdió su mano izquierda y usa mano ortopédica. Ambas personas caerán en la red. El manco y el hombre que me telefoneó. Por cierto que su inglés, al expresarse, era muy peculiar.

—¿Peculiar? —Granger puso un gesto curioso—. ¿Qué quiere decir, sargento?

—No era un americano, estoy seguro —explicó Lundigan—. Hablaba como... como un inglés o un canadiense.

Candy Astor puso gesto de sorpresa. Enarcó sus cejas color de cobre hilado.

Pero no hizo comentario alguno.

CAPÍTULO VI

—¿Qué es lo que puede asustarte ya a estas alturas? ¿Tu marido?

—No, no es eso, Banyard. Ya no me preocupa Max. Ni su dinero. Su demanda de divorcio está en marcha. Tiene todas sus evidencias contra mí. Nunca hemos disimulado demasiado nuestra mutua atracción, ¿no es cierto?

—No, nunca, Shelley querida. —Cole tomó sus manos con fuerza—. Te quiero. Y no me importaría que te quedases sin un centavo. Pero eso tampoco sería justo, puesto que él también te ha estado engañando a ti, y a todos, con su pretendida honestidad. Ya te he dicho que tiene relaciones íntimas con una mujer del Nevada Hotel.

—Me resistía a creerlo, la verdad. Ha parecido siempre tan intachable...

—Es un gran hipócrita, y nada más. Esa mujer, Jassmin, no será la única en su historial.

—¿Jassmin? ¿Qué clase de mujer es?

—Una falsa creyente, que dirige una nueva secta.

—¿Es... hermosa?

—Sí, claro, hermosa, tentadora. Una profesional inteligente, diría yo. Pero él sabe que puedo revelar su secreto, y ello le hará renunciar a un punto de su demanda: la acusación de adulterio. Lo único que puede hacer es alegar incompatibilidad en su vida privada contigo, indemnizarte y callar.

—Banyard, la policía me ha hecho preguntas extrañas —cambió ella de tema—. Parece... Parece como si sospecharan algo de ti...

—No me pillas de nuevas —rió él, irónico—. Tu esposo me ha acusado también. Creen que yo puedo tener algo que ver en ese crimen horrible.

—¡Pero esa sospecha es monstruosa, Banyard! ¡Tú no puedes ser acusado de algo semejante! Un crimen sangriento.

—La policía lo ve de otro modo, Shelley —explicó el joven Cole, pacientemente—. Piensan en alguien que cometiera ese asesinato por perjudicar a Carruthers, por hundir su negocio en el escándalo...

—Según eso, también yo podría ser culpable —replicó secamente Shelley Carruthers.

—Y sin duda sospecharían de ti si no fueses una mujer —afirmó Cole—. Pero ese crimen es obra de un hombre. Y yo, de los policías, sospecharía también de tu esposo.

—¿De Max? —se sorprendió Shelley—. ¿Por qué iba él a perjudicarse a sí mismo?

—Porque su mente es sinuosa y retorcida, cariño —suspiró Banyard Cole—. Y sabe que si la ley busca a alguien capaz de hacerle daño, las pesquisas recaerían inevitablemente en dos personas: tú y yo.

Shelley Carruthers pareció un instante desorientada. Luego, brillantes sus ojos, se acercó a Cole, buscó refugio en sus brazos y asintió con lentitud.

—Sí, Banyard. Pensándolo bien, me temo que Max sería muy capaz de algo tan complicado y tenebroso... aunque cause horror el pensarlo.

Se cerró la puerta del *bungalow* que ocupaban en el Nevada Hotel los Foreman, padre e hija, compuesto de tres habitaciones, gabinete con bar y aseos.

Kirk, tras rechazar la invitación de Allyson para tomar una copa con el antiguo gánster, se encaminó a su propio alojamiento. El día en la feria zoológica había resultado agotador. Incluso la tensión vivida en el interior del Acuarama.

El Acuarama...

Todo había sido favorable, pero pudo haber resultado muy distinto. La policía de San Diego se movía deprisa. Habían bloqueado el zoo, controlando a los espectadores y empleados. Cuando tocó a su fin el bello *show* de delfines, focas amaestradas y esculturales bañistas en bikini de resplandeciente malla evolucionando en aguas cambiantes, azules y verdes, en cascadas de luz, agua y color, bajo los focos del recinto, todos los hombres solitarios fueron retenidos, interrogados y obligados a mostrar su

identidad. Las parejas y familias fueron excluidas. La ley buscaba a un presunto asesino desequilibrado, quizá un obseso sexual. Y esa clase de delincuente actúa siempre en solitario.

Gracias a eso se libró Lester de todo problema. Él y Allyson habían respirado con alivio al dejar el Zoo Park tras de sí.

—Ha sido toda una suerte, Kirk —musitó ella entonces.

—Tú eres la suerte, Ally. Mi suerte —fue cuanto dijo él en respuesta—. De no estar hoy conmigo, todo hubiera sido muy distinto. Ahora estaría en poder de ellos. ¿Viste al portero, al hombre de la mano ortopédica?

—Sí. ¿Era él quien...?

—No sé, no podría asegurarlo. Iba enmascarado entonces.

—Su mano ortopédica es dorada, en forma de pinza.

—Sí. Y la policía también se dio cuenta de eso. Atendió mi llamada anónima, no hay duda. Cuando nos dirigimos a la salida del Acuarama, vi que le llevaban detenido.

Allyson pestañeó sorprendida.

—No lo vi —confesó—. Eres terriblemente observador, Kirk. Lo ves todo.

—Sí —admitió Lester, con sarcasmo—. Ésa, a veces, es mi gran desgracia, Ally...

Iba pensando en todo ello mientras caminaba hacia su *bungalow* en la manzana o bloque situado algo más al sur de donde se alojaban los Foreman.

Llegó al 23. Puso la llave en la cerradura, la giró, con aire pensativo, y entró en su alojamiento cerrando tras de sí. Respiró hondo, cansado, y tiró a un lado su chaqueta nueva, liviana, color *beige*. Se dispuso a entrar en el aseo, para ducharse.

—Buenas tardes, señor Lester. ¿Le resultó bien su llamada a la policía?

Con un respingo de sobresalto, Kirk se volvió hacia la persona que le interpelaba desde el sofá de su dormitorio.

—Señorita Astor... —Dominó su sorpresa serenamente—. ¿Usted aquí?

—Parece evidente, ¿no? —replicó ella, incorporándose. Lucía una blusa corta, color violeta, que dejaba desnudo su vientre suave. Un pantalón ceñidísimo, blanco, deslumbrante, se adhería revelador

a sus muslos, caderas y nalgas. Su expresión era burlona y acusadora a la vez.

—¿Cómo entró?

—La terraza —ella sonrió, señalando a sus espaldas, a la amplia puerta-balcón acristalada, desde la que se dominaban las luminosas piscinas y, más lejos, la dorada playa californiana—. Es facilísimo saltar de una a otra, sobre el seto y la vidriera de separación. Casualmente, somos vecinos. Ocupo el 24, señor Lester.

Kirk estudió a la pelirroja bañista con quien entablara el primer contacto en la piscina del hotel aquella mañana. Era mayor que Allyson, aunque no mucho. Le calculó unos veinticinco años. Pero menos atlética que la hija de Foreman, habituada ésta sin duda a practicar deportes en el internado londinense.

—Muy bien —suspiró el joven inglés—. Somos vecinos. ¿Eso explica su visita... digamos, algo irregular? Además, su pregunta, ¿tiene algún sentido?

—¿Usted qué cree? —replicó la jefe de personal del Zoo Park.

—Me gustaría que me aclarase algo más esas palabras.

—No hace ninguna falta. No nos engañemos, señor Lester. Usted telefoneó al sargento Lundigan desde la plazoleta del Acuarama. Le vi salir con Allyson. Le vi pasar ante los controles policiales. Le vi contemplar, de soslayo, el arresto de Nelson McDiver, el hombre manco.

—Y se adelantó usted a mí, esperándome aquí —completó fríamente Kirk—. ¿Por qué no me delató entonces a la policía?

—Quise saber si es usted, realmente, el asesino de dos mujeres, o el testigo casual de una muerte, y el entrometido cerca de otra.

—¿No cree que sea McDiver el culpable?

—No, no lo creo.

—¿A pesar de la mano ortopédica?

—A pesar de eso. Por si le interesa saberlo, le diré que ese punto coincide con la teoría policial. Pero yo estoy convencida de que no fue McDiver. Es un pobre diablo, corto de entendimiento. Sería fácil inculparle. Demasiado fácil, señor Lester.

—Eso significa... que me cree culpable a mí —señaló Kirk, paseando por la estancia, ante la espléndida mujer que tenía por huésped voluntaria de su habitación.

—Podría serlo, sí. Y puede que lo crea.

—En ese caso, se arriesga mucho al meterse en la boca del lobo —sonrió el inglés duramente.

—No mucho —hundió la mano en el escote, entre sus juveniles pechos. Además de éstos, resultó guardar algo menos atractivo: un juguetito de acero y nácar. Una preciosa automática, calibre 22. La sujetó entre sus dedos, segura de sí. El juguete podría matar a un hombre a aquella distancia.

—Vaya... —resopló Lester—. Vino prevenida, ¿eh?

—Yo siempre voy prevenida, señor Lester. Estoy acostumbrada a luchar sola. Sin ayuda de nadie. Debo cuidarme. Tengo licencia para esta arma, créalo.

—¡Oh, sí, la creo! ¿La utilizaría contra mí?

—Si me obliga a ello, sí. Yo no soy la ingenua Allyson Foreman. No he pasado mi vida en un lujoso internado de señoritas. A mí no va a engatusarme, pese a su simpatía.

—Bueno, ya es algo —suspiró él—. Le soy simpático...

—No dije exactamente eso —ella le estudió, sin dejar de encañonarle—. ¿Por qué llamó a la policía?

—Tenía algo que decirles. Recuerde que he sido testigo de un horrible crimen.

—¿Lo fue de veras?

—Sí, señorita Astor. Yo vi el cadáver de aquella muchacha sueca ensangrentado en la playa. Vi huir al asesino. Vestía como McDiver, como todos los del Terrario y Acuario. Yo entonces no lo sabía. Creía que sería fácil de identificar por esas ropas.

—¿Está seguro de que llevaba un garfio, una mano ortopédica?

—Segurísimo. Era dorada. La vi claramente. Como una pinza, pero muy afilada, cortante como unas tijeras...

—¿Zurdo?

—Zurdo, sí. Escapó en una furgoneta del zoo. Matrícula 2, dos cifras que no vi, y un 7. De California, claro.

—Sé cuál es esa furgoneta —dijo gravemente Candy—. Matrícula 23 - 97. Sirve para cargar alimento para los peces, focas, delfines y anfibios. Homer Wallace es su conductor.

—¿Wallace? —Lester rió entre dientes—. Tuve que darle un buen trazo. Le tomé por el asesino. Luego comprendí mi error y evité que viese mi rostro. ¿Está bien?

—Perfectamente, sí. Ansioso de devolverle el golpe, tan solo. Es

un tipo joven y fuerte. Lleva poco en el parque. Sólo una semana. Podría ser el hombre que usted vio, pese a todo.

—¿Y el garfio?

—Un hombre puede ocultar su mano bajo un falso muñón y una mano artificial. Se hace en el cine, ¿por qué no en la realidad?

—Sí, es cierto. —Kirk arrugó el ceño—. Pero, según esa teoría, podría ser cualquiera.

—Exacto —sonrió con ironía ella—. Cualquiera, Lester. Usted lo ha dicho. No centre sus sospechas simplemente en un hombre manco. Ni en los que llevan ese uniforme amarillo y verde. Hay un vestuario de donde se pueden coger en cualquier momento cuantos se quiera. Lo mismo se puede utilizar y ocultar una mano ortopédica previamente afilada, hasta hacer de ella un arma espantosa. El asesino podría ser cualquiera... pero dentro del zoo, ¿comprende?

—Sí, comprendo. No es posible entrar y salir de allí, con toda libertad y sin ser advertido. Pero dentro del parque trabaja tanta gente...

—Sí, mucha. E incluso tenemos sospechosos increíbles, como Banyard Cole, socio de Carruthers y administrador del negocio. Es amante de la señora Carruthers, y el marido exige ahora el divorcio. Los dos hombres se odian. Uno lo haría por hundir a Carruthers. Y éste por inculpar a su rival.

—¿Al precio de dos vidas humanas, semejante juego? —Se horrorizó Kirk.

—El dinero y las pasiones admiten aberraciones así. Y el que es capaz de asesinar fríamente una sola vez, mataría de igual modo dos, tres, y sucesivamente...

Kirk se mantuvo silencioso. Se aproximó a Candy. Ella no hizo acción de disparar. Ni le amenazó. Se limitó a estudiarle, pensativa, con sus ojos gris parduscos.

—Parece como si usted empezara a creer en mi inocencia, señorita Astor —señaló mientras afuera se volvían azul intenso las sombras de la tarde, las luces comenzaban a brillar en las terrazas, en la cercana feria y en la vecindad urbana de San Diego. El mismo dio luz a una lámpara indirecta—. ¿Es así?

—No creo ni dejo de creer —replicó ella, algo seca—. Sólo intento razonar con usted, buscando una posible solución.

—¿A usted le preocupa una solución? —Se intrigó Kirk—. ¿Por qué, señorita Astor?

—Porque soy mujer y trabajo en ese zoo —respondió Candy—. ¿Le parece poca razón?

—No —negó Lester, convencido—. Me parece más que suficiente.

El repartidor de la Western Union entregó dos telegramas urgentes en recepción, poco antes de la hora de cenar. Uno venía de la estafeta especial instalada en el zoo. Iba dirigido a *miss* Jassmin.

El segundo, procedente del aeropuerto de Nueva York, tenía por destinataria a Allyson Foreman.

No tenían ninguna relación aparente entre sí, ni los remitentes ni los destinatarios, y menos aún los textos de ambos mensajes telegráficos.

Sin embargo, el destino iba a unir dramáticamente ambos elementos en una sola cadena, no tardando mucho.

Pero eso, naturalmente, nadie podría preverlo aún.

Nadie, excepto un diabólico ser humano para quien la muerte de otro no significaba nada.

El primer telegrama, el dirigido a Jassmin West, era deliberadamente enigmático en su contenido:

«Esta noche. A las once treinta lugar convenido.
Todo a punto. Te amo.

»M.».

Simplemente eso. Una letra M por toda firma. Jassmin no necesitaba más. Sabía quién era su remitente. Y lo que aquello significaba. Una sonrisa de triunfo iluminó sus labios y también su mirada provocativa, maliciosa cuando no fingía ser la sublime Rectora de los Hijos de la Honestidad.

—Ya te tengo ganado —musitó, con un destello de calculadora codicia en el fondo de las oscuras pupilas—. Eres mío, Max Carruthers. Luego espero que también lo sean tus millones...

Y con una ronca carcajada de victoria, Jassmin se encaminó al escondrijo donde guardaba sus drogas, capaces de enloquecer a un hombre y hacerle cumplir los deseos de la persona que llegase a

dominarle. Ella, en este caso.

El segundo telegrama, procedente de Nueva York, llegó a manos de Allyson y su padre cuando se preparaban para ir a cenar al comedor al aire libre, en la terraza superior del Nevada Hotel.

Su texto era bastante más concreto, claro y trivial que el depositado por «M» en la estafeta de Western Union en el Zoo Park:

«Efectuado viaje Londres-Nueva York, salgo hoy
destino Los Ángeles vuelo 608 Transamerican Airlines.
Abrazos.

»Maisie».

—¡Maisie! —Enrojeció vivamente Allyson, poniéndose en pie de un salto—. ¡Es Maisie, papá!

—Vaya con esa chica —comentó Lucky Foreman—. A eso le llamo yo presentarse de improviso. ¿A qué hora depositó el telegrama?

—A las cinco de la tarde, hora de Nueva York —excitada, la joven levantó la voz—. Es posible que esté a punto de llegar, puesto que ahora en la costa del Atlántico serán ya las doce y media de la noche. ¡Oh, papá, debo ir a recibirla al aeropuerto!

—Antes necesitamos saber la hora de llegada al aeropuerto de Los Ángeles de ese vuelo, hija —la calmó Lucky Foreman. Se puso en pie, encaminándose al teléfono—. Y vamos a saberlo inmediatamente.

Descolgó, pidiendo le comunicaran con el departamento de información de Transamerican Airlines, en el aeropuerto internacional de Los Ángeles.

Cuando se estableció la comunicación, se interesó por el vuelo 608 de aquella compañía, procedente de Nueva York. Le informaron y dio las gracias. Colgando, miró, ceñudo, a su hija.

—Mala hora eligió esa chica para llegar aquí —refunfuñó—. El vuelo 608 tiene su llegada a Los Ángeles justo en la madrugada. A la una en punto. El avión ha sido desviado por un temporal, en las Rocosas, y demorará su llegada en una hora, sobre las doce de la noche, que era la señalada.

—De todos modos, iré a recibirla.

—No, querida. No andarás de noche por ahí, estando suelto un

sádico asesino.

—Pero, papá, ella no conoce el país, se encontrará extraña en...

—No se encontrará extraña en absoluto —cortó secamente su padre. Señaló el teléfono—. Dejaremos un mensaje especial para Maisie Scott en las oficinas de la compañía aérea. Y se lo darán apenas pise suelo californiano.

—Papá, no creo en el peligro de ese asesino. Me sé cuidar...

—También la chica de la playa sabría cuidarse, supongo. Y la chicana del zoológico. No, Ally, no irás a ninguna parte a esas horas. No quiero riesgos inútiles. Está decidido.

—Sí, papá —aceptó ella, con humildad—. Será como tú dices.

—Cuando ella llegue, puedes levantarte a recibirla. Pero antes comprueba en todo momento quién llama a la puerta del *bungalow*.

—Sí, lo tendré en cuenta —se encaminó al teléfono—. Voy a dar el mensaje a la Transamerican...

CAPÍTULO VII

Jassmin sabía que podía cruzar aquel acceso.

Max Carruthers se encargaría de anular las células fotoeléctricas de seguridad en aquel punto. Era lo convenido. Ella podría entrar libremente al interior del Zoo Park.

Esa noche, por propia voluntad, el millonario se había quedado como controlador de los circuitos de vigilancia electrónica del recinto. Nadie parecía ofrecer mayores garantías de seguridad que el propio dueño y responsable del negocio.

Pero Jassmin tenía así acceso seguro al recinto. Max se cuidaba de tal extremo, puesto que sólo él atendería el centro electrónico de coordinación.

De modo que Jassmin se detuvo en la sombra, no lejos de los setos y la valla metálica. Todo parecía hermético, seguro, inaccesible. Ella esperó, con una sombra de sonrisa flotando en sus labios carnosos, sensuales. Los ojos astutos chispearon, vigilantes.

Max Carruthers la esperaba. La esfera tenuemente luminosa de su reloj de pulsera marcó las once veinticinco. Ya era hora. Max haría actuar los controles en sentido negativo. Y el sistema fallaría por un momento...

Probó fortuna. Sabía que era el momento de intentarlo, conforme quedara con Max en su anterior entrevista.

Se acercó. Empujó la puerta metálica. Ésta cedió suave, silenciosamente. Ni un ruido, ni el más leve chirrido.

Paso franco al interior oscuro del zoo, donde mil ruidos sinuosos, confusos, lejanos e indefinidos, hablaban de vida latente, de seres al acecho, de bestias en falso reposo, con el olfato y el instinto siempre en guardia...

Avanzó, paso a paso. La gravilla suave apenas si producía un roce bajo su calzado liviano, de franciscano, con suela de goma. Más allá, la oscuridad de la noche, las sombras y el silencio de las

alamedas, de los recintos y pabellones en reposo, esperando un nuevo día de bullicio, de actividad.

Jassmin, esotérica sacerdotisa de la secta de los Hijos de la Honestidad, también llamados presuntuosamente miembros de la Fe en la Pureza Espiritual, se movió con seguridad en sí misma y en el terreno que pisaba. Se adentró en el zoológico dormido.

Pero no todo dormía allí. Cercano, inquietante, nervioso, se hallaba el indicio de la vida latente, de la vela constante y tensa. Felinos en sus jaulas, pájaros en sus nidos, animales diversos que dormitaban o velaban en la oscuridad, moviendo sus patas aterciopeladas o sus plumajes suaves, en una vibración despierta, en una vigilia cautelosa.

De repente, Jassmin tuvo miedo.

La mujer de vuelta de todo, experta en mil trucos para sacar dinero a los demás, para sacar siempre beneficio de todo y de todos, se asustó.

Acaso fueron los ojos astutos y ominosos de un ocelote, paseando en su jaula. O el chirrido de un ave oculta en la floresta. O el lejano gruñido de un animal carnívoro, sanguinario, desvelado por la inquietud.

Jassmin se paró junto a un seto. Miró al ocelote, y él a ella. Su manchado cuerpo, borroso en la penumbra, se agitaba entre los barrotes. Ella respiró hondo. A pesar de la mirada fosforescente y del gruñido inquieto del animal, no tenía nada que temer de él. Simplemente, le había excitado su presencia insólita.

Respiró hondo ella. Se recuperó con alivio de su inquietud. Y siguió adelante, hacia el lugar donde le citara Max Carruthers: el Terrario.

Cerca de allí, alguien había matado brutalmente a una mujer. Pero era algo que no tenía nada que ver con ella. Carruthers la había dejado pasar. Ahora volvería a poner en funcionamiento el sistema de seguridad. Y sólo lo abriría cuando, tras su entrevista secreta, clandestina, ella volviera al hotel.

Para entonces, Jassmin sabía que la voluntad toda del millonario sería suya. Bastaría la droga que ella llevaba consigo. Beberían algo, los dos juntos. Carruthers ingeriría con la bebida la dosis de estupefaciente. Eso le moldearía a su voluntad. Sería el principio de una posesión total. Jassmin era experta en esas cosas.

Caminó, paso a paso, hacia el Terrario, blanco y silencioso.

Sabía que nada debía temer de los animales allí encerrados. Víboras, saurios, tortugas, todos los anfibios, bien alimentados, dormían largas horas, días enteros. No se movían, estaban satisfechos. Eso era todo. Aunque oyeran ruidos, ni siquiera moverían los párpados para indagar curiosamente. Eran demasiado perezosos para eso, teniendo el estómago repleto. Ni siquiera las poderosas serpientes pitón, las boas voluminosas o las peligrosas de cascabel. Ni los caimanes de larga boca dentada y mirada perversa. Nadie se movía allí durante la noche. Era un sitio seguro. Esos animales no escandalizaban. Eran buenos cómplices y encubridores.

Llegó a la puerta del Terrario. Miró al interior. Una tenue luz azulada, de una lámpara indirecta, incrustada en el corredor, le mostró los vidrios y enrejados que separaban al visitante de los animales allí encerrados, en eterna siesta lánguida y pesada.

Otra mirada a su reloj. Las once y veintinueve minutos. Un solo minuto más, para la hora de la cita. Max Carruthers estaría caminando hacia allá, procedente del pabellón central.

Jassmin se decidió. Entró en el corredor del Terrario. Su sombra, en la penumbra azul, tuvo algo de fantasmal, de inquietante. Casi la alarmó a ella misma, cuando la vio, recortándose en la pared situada frente a ella.

Contuvo el aliento. Se reprochó a sí misma tales debilidades. Quizá lo sucedido recientemente en el zoo influía en su ánimo. Acaso el clima mismo del parque, con la presencia, tangible casi, de los animales al acecho, olfateando el aire quieto de la noche, con su olor a personas cercanas, a sangre reciente, había logrado impresionar a una mujer tan fría, cerebral y dueña de sí como Jassmin West.

—Soy una tonta —se dijo, musitando las palabras entre dientes—. Max estará aquí en un momento y todo esto me parecerá ridículo.

Tras ella hubo rumor leve de pasos en la gravilla. Alguien rozó el quicio de la puerta de entrada al Terrario. Jassmin, rápida, empezó a volverse.

—Oh, Max, querido... Ya llegaste... Empezaba a sentirme nerviosa y...

Se quedó mirando, incrédula, a quien tenía ante sí. Contempló el

flotante guardapolvo amarillo, brillante, la gorra verde, la malla de nylon sobre el rostro, deformándolo hasta lo irreconocible...

Luego, la luz azul centelleó en aquella arma insólita, increíble y aterradora que, como la pinza de un crustáceo de oro, gigantesco, se precipitaba sobre ella...

—¡Oh, no, no! —chilló agudamente, entendiendo demasiado tarde.

Y su alarido fue tan hiriente, tan estremecedor, que hasta agitó la quietud perezosa del Terrario, y una pitón y un cocodrilo abrieron sus ojos malévolos, con expresión sorprendida, siendo los únicos testigos de aquel horror.

La pinza metálica, cortante como el filo de una navaja, segó el cuello de Jassmin de lado a lado. Su grito de muerte se fundió en el hervor sordo de la sangre.

Y la pinza dorada siguió golpeando, golpeando...

La sangre corrió por los muros y los vidrios del Terrario, tiñéndolos de carmesí violento.

Un cuerpo de mujer, hermoso y moreno, golpeó el suelo frío, dejando regueros de sangre por doquier.

El reloj del Zoo Park desgranó dos campanadas. Las once y media en punto...

El avión tomó tierra suavemente en el aeropuerto internacional de Los Ángeles.

El vuelo 608 Nueva

York-Los

Ángeles había rendido viaje en la pista de aterrizaje prevista, tras poco más de una hora de retraso por el temporal en las Rocosas.

Maisie Scott respiró con alivio.

Era mucho tiempo de viaje, desde Londres a la costa de California, pese a hacerlo en modernos reactores. Las horas de vuelo resultaban agotadoras. En especial, para una chica como ella, que nunca había abandonado Europa, y que pasó los últimos años en el internado de señoritas de West Ham.

Pero todo lo daba por bien empleado. Su amistad con Allyson Foreman era la causa de ello. Pocas amistades había tan sólidas y sinceras, tan firmes y entrañables. Ally, la querida compañera Ally, era una gran chica. La mejor que ella había conocido jamás. Muy

diferente a aquella malévola y sinuosa Peonia *Waters*, compañera de ambas en el internado, que jamás tenía una idea honesta ni decente. Y que nunca debió sentir afecto o amistad por nadie que no fuese ella misma.

Así eran las cosas. Junto a personas como la perversa Peonia, se encontraba una con muchachas como Ally. El hecho de que su padre hubiera sido en tiempos un fuera de la ley en su país, no alteraba nada los hechos. Ella tampoco se cuidó nunca de ocultar esa realidad. Y eso le había granjeado a Ally más simpatías que recelos en el internado. Una jovencita tan decidida, sincera y leal, se merecía la oportunidad de que, al margen de lo que fuese o hubiera sido su padre, se confiara ciegamente en ella. Y así sucedía.

Por eso, cuando Ally la invitó para ir a California, antes de emprender su viaje para reunirse con su padre, enfermo mortalmente de cáncer, Maisie aceptó entusiasmada, segura de pasar unos días magníficos junto a su amiga.

Y allí estaba ya. En Los Ángeles. En California. Cerca de Ally.

Bajó del avión, buscando con la mirada entre los que aguardaban aquel vuelo de madrugada. No le sorprendió demasiado descubrir que Allyson no se encontraba allí. Era demasiado tarde para que ella se desplazase desde San Diego a Los Ángeles, a esperarla.

Salió de la pista de aterrizaje, y se detuvo al oír el mensaje por los altavoces:

—Señorita Maisie Scott, pasajera en el vuelo 608, procedente de Nueva York. Tenga la bondad de personarse urgentemente en las oficinas de la Transamerican Airlines, en este aeropuerto.

Se encaminó con rapidez hacia el lugar indicado. Allí le informaron de que un taxi la esperaba, con destino a San Diego, por orden de Ally y Lucky Foreman, para trasladarla al Nevada Hotel.

Ella agradeció el mensaje, recogió su maletín en el departamento correspondiente, y se dirigió a la salida.

—¿Señorita Scott? —preguntó un taxista, junto a la puerta, fijándose en la etiqueta de su maletín, con el emblema de la BOAC británica—. ¿Procedente de Londres y Nueva York?

—Sí, yo misma —le miró—. ¿El taxi de San Diego?

—Exacto —asintió el hombre—. Suba, por favor. En poco más de una hora estaremos en San Diego, si no hay problemas en la

carretera, cosa que no creo.

Ella dejó su valija al chófer, y se subió al taxi. Éste arrancó prestamente, carretera adelante, bordeando el casco urbano de Los Ángeles, para tomar la carretera costera, en dirección al sur.

Maisie Scott, con alivio, respiró hondo y se reclinó en el respaldo del automóvil, relajados sus nervios, segura ya de que su próxima parada sería definitiva, en el Nevada Hotel, junto a su entrañable amiga de Londres y su padre, condenado a morir a fecha fija.

—¿Cree que esto puede resultar?

—No lo sé, Lester. Lo mismo podemos ir a parar a manos de la policía, si todo sale mal. Pero hay que correr el riesgo.

—Usted corre uno muy pequeño —silabeó Kirk, pensativo—. Es mujer, y no puede ser sospechosa en modo alguno. Yo, en cambio, soy buscado por la policía, sospechan de mí como presunto culpable.

—Lester, también yo podría haber cometido esos crímenes —afirmó ella muy seria, deteniéndose en la penumbra—. Piense que soy una mujer fuerte, decidida, y que practico deportes. Tengo fuerza suficiente para descargar un arma tan simple y tan demoledora a la vez como ese garfio, sin grandes esfuerzos físicos.

—Es posible. Pero no sospecha nadie de usted.

—Creo que el capitán Granger sospecha de todos. No se fía de nadie.

—En eso se parece a mí —convino Kirk. Estudió el paraje en torno suyo, arrugando el ceño—. La alarma no ha sonado...

—No, no ha sonado —convino ella, con una leve sonrisa.

—¿La desconectó usted, acaso? —se interesó Lester.

—No. Pero sabía que entre once y media y doce estaría así.

—No me ha contado por qué, cuando me embarcó en esta expedición nocturna. —Kirk se quedó pegado a un alto seto, escudriñando las alamedas solitarias y oscuras, las arboledas sombrías, las jaulas de animales en cautiverio, dentro del zoo, donde habían penetrado ambos esa noche, subrepticamente, por iniciativa directa de Candy Astor, aquella tarde en su visita cautelosa a su *bungalow*.

—Es muy simple —dijo ella, sacudiendo la cabeza—. Vi a Max

Carruthers enviar hoy un telegrama desde este recinto. Utilizó la estafeta del centro. Eso me intrigó, porque le he estado vigilando las últimas horas. Carruthers actúa sospechosamente, no sé si en relación con algún asunto de faldas o con los crímenes. Y vi que el texto enviado era para una mujer del hotel, una tal Jassmin West. La citaba a las once y media. Me figuré que era aquí. Y parece que he acertado, o ese control electrónico estaría también en funcionamiento.

—¿Cómo se las arregló para leer el telegrama expedido por Carruthers? —se interesó Kirk Lester, curioso.

—El telegrafista es un hombre de cierta edad —sonrió frívolamente Candy—. Y una tiene sus propios recursos para esas cosas...

—Ya —la miró, pensativo—. A lo mejor nos metemos en un buen lío, Candy.

—A lo mejor sí —convino ella, encogiéndose de hombros—. Pero si nos encontramos con el asesino, ¿qué sucedería?

—No lo sé —gruñó Lester—. Mi única arma es una pequeña navaja que llevo conmigo. Y mis puños. Poca cosa para un tipo con semejante garfio a punto.

—Confiemos en que no sea así. Lo que cuenta es hallar algo, una pista... Si encontramos el lugar donde oculta su disfraz, su mano ortopédica o algo así, habremos ganado mucho en esta búsqueda. No quiero seguir aquí dentro, trabajando cada día, con la amenaza de que un demente se encapriche de mí y me degüelle con ese arma horrible. Prefiero correr el riesgo directamente, buscar yo misma. Esperar es algo que me crispa los nervios. Y usted, Lester, es quien más interés puede tener en que todo esto se aclare. Recuerde que de ello depende que pueda probar su inocencia sin lugar a dudas.

—De sobra lo sé, Candy —refunfuñó Kirk—. ¿Por qué cree, si no, que estoy aquí con usted? No me gusta el papel de héroe.

—Pues lo representó muy bien en el hotel, salvando la vida de Lucky Foreman.

—Fue diferente. Se trataba de una simple reacción instintiva, de una situación límite que surgía sin yo provocarla. Esto cambia. Estamos buscando usted y yo la peor de todas las situaciones límite imaginables. No ha visto, como yo vi, lo que es capaz de hacer ese fantasmón con su odioso garfio dorado.

—Ahora, Nelson McDiver está arrestado. Si alguien actúa con esa mano ortopédica, se demostraría que no es él.

—Vale más que no actúe —se movieron con cautela, aproximándose lentamente a la zona del Terrario y los acuarios—. Pero de cualquier modo, no creo que sea McDiver.

—Tampoco yo, si he de serle sincera... —señaló al Terrario—. ¿Qué le parece? ¿Buscamos primero ahí? Es un lugar donde entra poco personal. Sólo Homer Wallace, el cuidador de los anfibios...

—Por alguna parte hay que empezar. Y teniendo en cuenta que Perla Méndez fue asesinada junto al Terrario, no es mala idea iniciar ahí la pesquisa, Candy. Usted vigile en torno. Yo me ocuparé de todo desde ahora. Pero extreme su atención, ¿entiende?

—No se preocupe. Sé muy bien lo que he de hacer... —afirmó ella, tensa, mirando alrededor con cautela—. Vamos, ya puede comenzar.

Kirk Lester comenzó. Como hiciera durante el día, persiguiendo al que creyera el asesino de la playa, penetró de nuevo en el Terrario, esta vez sin nada ni nadie ante sí, salvo el reflejo tenue de las luces azules, y la presencia, ominosa, fría y adormilada, de los anfibios agrupados en las instalaciones.

Nadie se movió allí dentro. Serpientes, saurios y tortugas guardaban sin duda una tremenda inmovilidad, en su reposo de horas, de días, acaso de semanas enteras, en complacida digestión.

Kirk no descubrió a nadie en torno suyo. El corredor de los visitantes, oscuro y húmedo, no ofrecía escondrijo. No era fácil que nadie se ocultara cerca de él.

De súbito, sus ojos se inclinaron. Contempló las manchas rojas.

—Sangre... —susurró, con un escalofrío—. Es sangre, no hay duda...

Eran leves huellas, borrosas, arrastradas por el suelo, salpicando también los muros. Avanzó, siguiéndolas. Las señales de color rojo oscuro aumentaron en intensidad. Un reguero conducía al recinto de alambre y vidrio de los saurios y reptiles...

Se inclinó. Rozó con sus dedos. Los retiró, mirándolos. Los frotó entre sí.

Estaba fresca. Húmeda. Sangre reciente...

Todos sus sentidos estaban alerta ya. Sabía que algo horrible había sucedido, y no hacía de ello mucho tiempo. Fuese ello lo que

fuera, estaba cerca. Muy cerca...

Se inclinó, buscando. Sin saber por qué, examinó a los anfibios.

Un escalofrío de espanto le sacudió. Trémulo, retrocedió, sintiendo que la angustia, el asco y la ira le invadían por partes iguales.

Allí estaba.

Alguien había tenido el macabro sentido del humor suficiente para poner su cadáver cruzado entre las fauces de un dormido saurio que, apacible, sin inmutarse por el contacto del cuerpo humano y de su sangre, con sus temibles colmillos, se limitaba a tener sus interminables fauces cerradas sin fuerza sobre aquella forma humana, lívida, sangrante, desgarrada.

La siesta nocturna e interminable del caimán no se había alterado por la acción audaz y cínica del asesino, situando allí, en su propia boca de monstruo escamoso, el cuerpo de la morena joven.

El cuerpo de Jassmin West, sacerdotisa de una vulgar secta de farsantes y embaucadores. La sangre formaba charcos oscuros dentro del Terrario, casi negruzca a la claridad azul de las lámparas veladas. Algunos reptiles reposaban enroscados sobre esas manchas.

—Candy, venga... —habló él con voz ronca, volviéndose hacia la puerta—. Venga, por Dios. Hemos encontrado algo... pero no lo que buscábamos, ciertamente...

La joven jefa de personal acudió con paso rápido, gesto alarmado. Kirk la detuvo un momento, antes de que pudiera mirar dentro del Terrario.

—Espere —avisó—. ¿Cree que es lo bastante fuerte para ver ciertas cosas?

—Claro —afirmó ella, rotunda—. Sea lo que sea, no va a impresionarme como cree...

Se asomó. Vio el rostro céreo y rojo de la ensangrentada Jassmin, sus ojos desorbitados, vidriosos. Vio los profundos tajos, los destrozos, el horror mismo de la muerte violenta y desgarradora.

Y Candy Astor, la mujer fuerte que no iba a impresionarse por nada, se puso mortalmente pálida, y se desvaneció en los brazos de Kirk Lester.

CAPÍTULO VIII

Kirk Lester se apartó lentamente. Miró a la joven. Ella se incorporó, despacio.

—¿Qué ha sucedido? —indagó.

—¿No lo recuerda? —replicó él con otra interrogante.

—Sí... Sí, lo recuerdo —musitó apagadamente Candy Astor. Cerró los ojos, con un escalofrío—. ¡Dios mío, fue espantoso...!

—Espantoso —convino Lester. Paseó por su *bungalow*—. Van tres, Candy.

—Tres... —repitió ella, ensombrecida. Luego miró en torno, y pareció reflexionar sobre algo que no estaba claro. Se irguió en el sofá donde reposaba—. Eh, ¿cómo me trajo hasta aquí, Lester? Creo que me desvanecí en el zoo...

—En efecto. No pesa demasiado —sonrió Kirk—. De otro modo, no hubiera podido trasladarla aquí... en tan corto espacio de tiempo.

—Dígame. ¿Qué pasó después de... de hundirse mi serenidad y actuar como una tonta?

—Nada irreparable. Cargué con usted y corrí fuera del Terrario y del zoo. Creí ver a alguien que se dirigía por la alameda hacia el Terrario. Acaso fuese Carruthers, no lo sé. Lo cierto es que había que salir antes de que conectaran de nuevo la alarma. Cosa que sucedería en cuanto alguien encontrase el cuerpo de esa desdichada joven.

—¿Y...?

—Y así fue. He oído la sirena de alarma y los coches patrulla de la policía. Otra vez está todo en el Zoo Park en pie de guerra. Pero imagino que tan estérilmente como la noche anterior. No pueden culpar de nada al pobre caimán. Ni siquiera se ensañó con el cadáver que pusieron en sus fauces. Estaba demasiado harto, sin duda.

—¿Quiere decir... quiere decir que el asesino no arrojó a la muchacha a los saurios?

—No, claro que no. La arrojó ya muerta, destrozada.

—Pero ¿por qué?

—No lo sé. No estoy dentro de su cerebro enfermo y retorcido. Pero sin duda quiso montar un cuadro espectacular y gran guñolesco. Lo logró, la verdad. El espectáculo era terrible. Un alarde enfermizo, sin duda. La persona que maneja esto en la sombra es alguien con un sentido cruel y perverso de la violencia. Una personificación del mal, creo yo. Y con un sentido del humor realmente monstruoso.

—De modo que alguien, más que yo, sabía lo del encuentro de Carruthers y la dama de la secta esotérica en el Zoo.

—Evidentemente —convino él con sequedad. Fumó, paseando nervioso—. Hay algo más de lo que le he dicho, Candy.

—¿Qué es ello? —Ella trató de reanimarse, y se puso *brandy* de una botella situada en una mesa del *bungalow* de Kirk. Lo tomó de un trago y eligió un cigarrillo, que él encendió rápido. Ambos se miraron en silencio.

—Verá... —Lester paseó, arrugando el ceño. Se detuvo de repente—. ¿Sabe que no hace falta salvar la barrera electrónica para entrar o salir del zoo sin ser visto ni oído?

—¿Cómo? —exclamó ella, perpleja.

—Hay un camino.

—¿Un... camino? ¿Cuál?

—El colector.

—No entiendo...

—Es simple. El hotel tiene un colector, como es lógico. Va hasta el mar. Bien. Ese colector, tiene forma de Y. Dos colectores que coinciden en el de salida: el del hotel y el del zoológico. Nadie parece haber pensado en ello. Una verja los separa entre sí.

—¿Y...?

—Y es fácil quitarla, para pasar de uno a otro.

—Entiendo. —Candy se mordió el labio inferior—. ¿Cómo lo supo?

—Buscando la salida. No llegué a tiempo. Noté que zumbaba una célula fotoeléctrica, al pasar ante ella un roedor. Comprendí. Si pasaba yo con usted, la alarma funcionaría. Y no pasé. Creí que

estaba cazado. Entonces descubrí la salida de las alcantarillas, entre los setos. Es una plancha enrejada en tierra. La alcé, descendí... y encontré los túneles. Los utilicé, saliendo a las alcantarillas del hotel.

—Lester, ¿qué puede significar eso ahora? —se interesó ella, mirándole muy fijo.

—Puede significar que el asesino entra y sale con facilidad, sin necesidad de que se desconecte la alarma... y sin que, necesariamente, tenga que estar dentro del Zoo Park.

—Eso... Eso, en realidad, si lo descubre la policía... sólo le acusaría a usted —señaló ella—. Está en el hotel, es el sospechoso número uno... y la historia de los colectores explicaría a la policía todo lo que aún puedan tener en dudas respecto a usted. ¿Ha pensado en ello, Lester?

—Claro —sonrió él—. Por eso no he dicho nada a la policía, sino solamente a usted, Candy. Y no diré nada, en tanto no pueda demostrar que yo no...

Los golpes en la puerta del *bungalow* le interrumpieron. Giró la cabeza, alarmado, escuchando aquella llamada. Cambió una mirada con Candy Astor.

—¡Abran! —Sonó una voz brusca allá afuera—. ¡Abran, en nombre de la ley! ¡Abran a la policía!

Kirk se encogió de hombros, e hizo un gesto elocuente al dirigirse a la puerta con fatalismo. Antes había mirado hacia la puerta balcón, pero la vidriera le reveló, más allá de las cortinas traslúcidas, algunas sombras rodeando los rectángulos de césped del *bungalow*.

—Creo que estoy rodeado —dijo con fatalismo.

Y abrió la puerta, enfrentándose apaciblemente a los hombres uniformados que aparecieron en ella. Iban armados, y al franquearles el paso parecieron a punto de invadir el recinto a paso de carga.

—Yo soy Kirk Lester —dijo con tono seco, alzando sus brazos para contenerles—. ¿Me buscan a mí, caballeros?

—Sí —afirmó con frialdad el sargento Barry Lundigan—. A usted, señor Lester. Parece ser que es el testigo de la playa. Y el hombre que buscamos. El que nos informó desde la feria zoológica.

—¿Todo eso es un delito?

—Lo es el estar huyendo, para no colaborar con la ley —avisó Lundigan, con acritud.

—Temí que pudieran acusarme de algo. Que en vez de simple testigo, me considerasen, como dijo la radio en sus boletines, un sospechoso ideal.

—Desgraciadamente, así es, señor Lester. Usted es nuestro sospechoso. El ideal, como usted ha dicho. De la muerte de Sigrid Hasse en la playa, de la chicana Perla Méndez en el zoológico... y también del horrible fin de Jassmin West, una vecina suya de *bungalow* en este hotel. Por otro lado, señor Lester, hay huellas de su calzado en la sangre del Terrario, y hasta unas huellas dactilares que no dudamos serán suyas, sobre la barandilla del mismo Terrario. Hemos hallado también señales de su evasión por los colectores... y algo más que quizá pueda usted explicarnos. Esto...

El sargento tomó de manos de uno de sus agentes un envoltorio oscuro, que desplegó ante la mirada expectante de Kirk.

Apareció entre los pliegues de tela oscura un objeto que Kirk recordaba muy bien. Un elemento siniestro y terrible, todavía manchado de sangre humana.

Una pinza dorada, de afilado metal. Una extraña, terrorífica mano ortopédica...

—Estaba en su jardín, entre los setos, señor Lester —dijo glacialmente Lundigan, con una sonrisa acusadora.

—Ya. —Kirk contempló el diabólico elemento con expresión indefinida—. Por cierto, sargento, ¿cómo dieron conmigo?

—Alguien llamó, denunciándole. Un hombre que disfraczaba su voz al teléfono... Una persona que le vio huir del zoológico esta noche, después de matar a Jassmin West...

—Están equivocados, capitán. Yo no soy culpable.

Erwin Granger le contempló con ojos inexpresivos. No comentó nada. No reveló emoción alguna. Se limitó a pasear por la estancia, antes de volverse de nuevo a él y exponer con voz seca:

—Todo el que huye es culpable, Lester.

—No he huido jamás —replicó él—. En vez de eso, estaba cerca del lugar donde todo sucedía.

—Huía de nosotros, y eso basta. Además... —Se acercó más a él—. ¿Por qué estaba aquí precisamente? ¿Qué hacía en ese hotel,

junto al zoológico de los crímenes?

—Oí las noticias. Sospechaban de mí. Creo que mi mejor defensa es encontrar al culpable verdadero. Y es lo que he estado intentando.

—¿Supone que vamos a creer esa historia?

—Créanla o no, es la verdad. Yo no soy un asesino.

—¿Por qué no se presentó, entonces, apenas mataron a Sigrid Hasse?

—Porque sabía que no iban a creerme, como no me creen ahora.

—Mis agentes hallaron hoy su coche, oculto cerca de la población de San Diego —explicó Granger, ceñudo—. Es un «Jaguar» inglés. Usted es inglés. Ha cambiado de coche, ha falseado su nacionalidad, incluso su nombre para adquirir un coche usado... Es el comportamiento típico de un delincuente, ¿se da cuenta?

—Confíe en dar con el culpable. Creía tener una pista firme. Luego, en el Zoo Park, esa pista se diluyó como un azucarillo en agua.

—Ya. El uniforme, la mano ortopédica y todo eso... —Granger le estudió, malhumorado—. Usted pudo inventarse muchos detalles. Y cualquier persona puede utilizar una falsa mano ortopédica, aplicándola sobre su propia mano. McDiver no es obligatoriamente sospechoso, pese a ser un auténtico manco de la mano izquierda y llevar un garfio metálico.

—No dije que lo fuese. Pero es alguien que está dentro del zoo, o que entra en él con suma facilidad.

—Usted también lo hace. Descubrió lo de los colectores, ¿eh? —dijo Granger, con ironía—. Algo que ni siquiera se nos ha ocurrido a nosotros...

—Lo encontré esta noche. —Lester se frotó el mentón—. Parece ser que el verdadero asesino me vigiló estrechamente, y me vio salir por ese conducto, llamándoles luego a ustedes. ¿No logró identificar la voz de su comunicante, ni el lugar de donde llamó?

—Lo hizo desde un teléfono público del zoo, como usted mismo hiciera antes. En cuanto a la voz, sólo sabemos que es la de un hombre. Pero muy disfrazada, gangosa, filtrada con algún trapo que la desfigurase lo bastante. No, no podríamos identificarla, ni siquiera con la grabación magnetofónica que hicimos de ella. Aunque se intentará, por supuesto.

—Ya veo. Van a conformarse con un fácil éxito de cara a la opinión pública. Tienen a un sospechoso extranjero, a quien es fácil acusar de todo. Y salvar su prestigio y su responsabilidad, ¿no, capitán?

—Yo nunca actúo así. Solamente acuso a alguien formalmente cuando creo que es culpable hasta los huesos.

—¿Y lo cree respecto a mí?

—Quisiera creerlo, Lester —resopló Erwin Granger, irguiéndose con un bufido. Paseó, de mal humor. Meneó luego la cabeza de un lado a otro—. Pero no, no puedo creerlo, usted tiene razón. Podría entregarle al fiscal, con todos los indicios acusadores, y quizá le condenasen como presunto asesino. Sólo que hay algo que no encaja, y no sé lo que es. Usted no me parece el típico asesino paranoico, el enfermo mental que asesina mujeres, ensañándose en sus crímenes. Y en estas muertes sólo puede haber esa razón. La turista europea de la playa, la chicana y ahora Jassmin West, tuvieron que morir a manos de un maníaco. No tienen relación entre sí, no hay móvil exacto ni cierto, salvo la demencia de un criminal que disfruta eliminando mujeres hermosas o simplemente provocativas. Es un caso desgraciadamente frecuente en los anales de la criminología, usted lo sabe.

—¿No ha pensado en un posible motivo, capitán? —repuso Kirk, pensativo.

—No, en absoluto —le estudió, intrigado—. ¿Usted sí?

—Pensé en posibles asuntos de finanzas. O sentimentales. En pasiones ocultas, en el afán de destruir la obra de alguien... o de que alguien deseara que los demás pensaran precisamente eso, en un doble juego endiabladamente astuto y despiadado.

—Sé adónde va a parar. No he desechado esa hipotética posibilidad, Lester. Carruthers, su esposa, su socio administrador, ahora Jassmin, que parecía tener amistad con el millonario... Sí, entra en lo posible. Pero me parece demasiado monstruoso, como motivo para una serie de crímenes caprichosos.

—Todo en este asunto es monstruoso... —Lester sacudió la cabeza—. No sé, a veces creo que estamos, realmente, ante un maníaco, un loco sin motivo concreto, salvo su propia obsesión enfermiza. Y otras, presiento que hay algo más. Algo que está muy cerca, muy claro, y que, sin embargo, se me escapa, no sé por qué...

—Bueno, piense usted lo que quiera, no voy a ponerle ahora en libertad, Lester. Se quedará aquí hasta mañana, le guste o no la idea. Entonces veremos lo que se hace con usted.

—Muy bien —bostezó Kirk, contemplando la celda del departamento de policía de San Diego donde le habían recluido. Comentó, irónico—: Cuando menos, estaré a salvo de posibles peligros... Por cierto, mi reloj se ha parado, capitán. ¿Qué hora es, exactamente?

Granger consultó su propio reloj, e informó:

—La una y cincuenta en punto de la madrugada, Lester —se encaminó a la puerta metálica, con paso lento—. Puede ponerse cómodo y dormir, si puede conciliar el sueño. No le sacaré de aquí en lo que queda de noche.

Kirk se encogió de hombros, y puso su reloj en hora, conforme a la que le diera el oficial de Homicidios de Los Ángeles.

La una y cincuenta minutos exactamente...

Ni él ni Granger podían saberlo. Pero en ese preciso momento, en alguna parte, el asesino del garfio de oro cometía su cuarto crimen sangriento.

Y una mujer más pasaba a engrosar trágicamente su lista de víctimas, bajo el tajo de muerte de aquella diabólica arma de metal dorado.

Una mujer llamada Maisie Scott, recién llegada de Inglaterra.

CAPÍTULO IX

—¡Maisie! ¡Oh, no, Dios mío...!

Allyson Foreman estalló en llanto violentamente. Lucky Foreman, lívido, contempló con estupor al sargento Lundigan, de la policía local.

—No, sargento, no es posible... —masculló el viejo exgánster—. Esa muchacha no ha podido...

—Lo siento, señor —se expresó gravemente Lundigan—. Acaba de ser hallada en el camino de Los Ángeles a San Diego. Está muerta. Acribillada a golpes de arma cortante. Aunque tenemos en nuestro poder el arma que acuchilló a Jassmin West anoche, y quizá a las víctimas anteriores del monstruo de la costa, creemos que la misma mano ortopédica ha sido la causante de ese nuevo asesinato.

—Pero... pero ¿cómo pudo suceder? —protestó Foreman—. Le enviamos un taxi de San Diego, para que la condujese hasta aquí, anoche mismo, desde el aeropuerto de Los Ángeles. Ella recibió un mensaje de la compañía aérea, sin duda...

—Sí. La Transamerican Airlines nos confirmó eso. Por ello hemos venido a verles. Un taxi de San Diego la recogió en el aeropuerto y la trasladó hacia aquí. Pero ya frente a este hotel, conforme a lo previsto, la dejó con el equipaje, y ella se encaminó a la puerta del Nevada. Es cuanto recuerda el taxista, que se ausentó luego, sin ver más. Sin embargo, en el hotel no han llegado a ver entrar a Maisie Scott que, por alguna razón inexplicable, se quedó en el exterior. Nunca entró aquí. Por el contrario, debió volver atrás, o la hicieron volver, ya que ha sido hallada a media milla escasa de este recinto, en la cuneta de la carretera, destrozada a golpes de arma cortante. El espectáculo es realmente horrible...

Allyson, sacudida por los sollozos, cayó en un sofá, presa de una crisis nerviosa aguda. Un agente llamó a un médico con urgencia. Foreman, sombrío, contempló a su hija, y luego miró, desvariado, a

los policías.

—¡Dios mío...! —jadeó—. ¡Dios mío! Tal vez debimos ir Ally y yo a recibirla, y esto no hubiera sucedido. Ally quería ir, sargento, a recoger a su amiga...

—Más vale que no lo haya hecho —suspiró Lundigan—. Hubieran sido dos mujeres jóvenes y bonitas, señor Foreman. Dos víctimas, quizá, en vez de una sola.

Foreman se estremeció al pensar en esa posibilidad. Y fue a rodear con sus brazos afectuosos a su hija Allyson, todavía impresionado por el trágico hecho que destruía una vida joven, llena de ilusiones, la de una muchacha que esperaba vivir unos hermosos días en California, y que ahora yacía sin vida, demolida por un verdadero monstruo sin conciencia ni piedad.

—No puedo decirle que haya sido un paseo agradable, capitán, ni que le agradezca su deferencia al traerme aquí. Pero, de todos modos, estimo en lo que vale su detalle. ¿Por qué quiso que yo viera esto?

La pregunta de Kirk Lester quedó unos momentos en el aire. El capitán Granger paseaba junto a los matorrales de la cuneta, en torno al lugar donde una tela cubría la forma rígida de la cuarta víctima del asesino de la pinza de oro. Agentes y coches patrulla formaban un cerco nutrido, en torno al sitio del crimen.

—Parece que el asesino fue cortés con usted, Lester —dijo roncamente el oficial de policía—. El forense ha sido escueto. La muerte sobrevino entre una y media y tres de la madrugada. A la una y cincuenta usted me preguntó la hora que era, ¿recuerda? Eso nos limita todo al máximo. A la una y cuarenta y cinco minutos, el taxista de San Diego perdía definitivamente de vista a Maisie Scott, ante el Nevada Hotel. De modo que tuvo que suceder poco más tarde. Y usted estaba encarcelado entonces...

—Entonces, debo agradecerle algo, capitán; el haberme encerrado anoche. Eso salva mi cuello por esta vez, ¿no es cierto?

—Y bien cierto, Lester. Usted queda descartado totalmente. Voy a creer que fue solo un testigo inicial, entrometido y curioso, que ha querido jugar a los detectives, metiéndose en un feo asunto. Por eso le he traído a ver lo que ocurre. ¿No se le ocurrió pensar que el asesino tampoco dudaría en matar a un hombre, si éste metía las narices demasiado adentro de sus asuntos?

—Claro —rió Kirk—. Lo he pensado varias veces. Pero el riesgo vale la pena. Así conocería cara a cara al culpable.

—Eso no sirve de mucho cuando uno pasa a ser cadáver. Las cuatro chicas que ha visto conocieron quizá a su asesino. Pero ya no pueden decir nada a nadie. Créame, es un asunto muy grave. Demasiado importante para un aficionado. Deje que nosotros resolvamos el asunto, Lester. Será lo mejor. Ayúdenos con su testimonio, y eso será todo.

—Muy bien. Les ayudaré. Pero me gustaría saber algo más sobre la nueva víctima. ¿Quién era esta vez?

—Una joven inglesa. Compatriota suya, Lester.

—¿Inglesa? ¿Qué hacía aquí, en California?

—Turismo, como usted. Era amiga íntima de Allyson Foreman, compañeras ambas de internado en West Ham. Imagine cómo está ahora Allyson.

—Cielos, ya recuerdo... Su mejor amiga... —Kirk arrugó el ceño—. Capitán, ¿ha notado algo curioso?

—¿El qué, Lester?

—Todas las víctimas son extranjeras. Sigrid Hasse, sueca. Perla Méndez, nacida en Baja California, México, aunque de familia californiano-mexicana. Jassmin West creo que tampoco era norteamericana...

—No, no lo era. Armenia, nacionalizada australiana. ¿Adónde va a parar?

—Y ahora, una joven inglesa. Voy a parar a esto, capitán: podría haber una fobia nacionalista, aunque suene a absurdo.

—No se puede descartar motivo alguno, por incongruente que parezca. Piense que quien mata de este modo no es un ser normal en absoluto, sea cual sea su móvil real.

Un agente de policía trajo de entre los matorrales una maleta liviana, color café, de fibra. Llevaba la etiqueta con el nombre de Maisie Scott, y el distintivo de la Transamerican. Estaba rasgada, abollada, pero intacta.

—La veremos en el departamento —dijo Granger—. Pero en esta clase de crímenes, el contenido de una valija poco aclara, puesto que las víctimas son elegidas al azar, conforme a una situación favorable para el asesino...

Kirk Lester contempló en silencio aquellos restos de una vieja

amistad juvenil, rota por la muerte. El certificado de estudios de la residencia para muchachas Regent, en West Ham, Londres; fotografías de grupos de muchachas en un campo de deportes, en un jardín, en una excursión... Sólo en una coincidían Allyson y Maisie cerca una de otra, y sin duda un día en que estaban enfadadas mutuamente, puesto que su gesto no era demasiado amistoso. Las demás eran fotografías en grupo, y aunque Maisie estaba abrazada a una chica rubia en dos o tres de ellas, ésta no era Allyson, sino una desconocida. Pero el ambiente de camaradería era evidente en todas las fotografías.

Aparte de eso, había una pequeña agenda de tapas de piel, con la palabra «Diario» en letras doradas. Estaba repleto de texto, y databa de un año atrás. Por él supieron Granger y Lester la gran amistad que unía de siempre a Allyson y a Maisie, así como la promesa que Ally le hiciera de llevarla consigo a California, si su padre la llevaba allí de vacaciones.

—No se puede decir que la muchacha tuviera suerte en la vida —se quejó Kirk, sombrío—. Deja la residencia de Londres, viene a vivir unos días felices con su amiga... y ese monstruo la sorprende, sola en la madrugada, aprovechando la ocasión para descargar su golpe mortal en ella. ¡Oh, capitán, si yo pudiera dar con ese hombre y tener su cuello entre mis manos...!

—Si usted alcanza alguna vez la gran fortuna de tener así a ese tipo, y él no dispone entonces de su mano de acero, se librará mucho de estrangularle o de tomarse de algún modo la justicia por su mano, Lester. Como persona íntegra, está obligado a respetar su vida y no cometer errores, no lo olvide. Aunque no creo que llegue a disponer de semejante oportunidad, si he de serle sincero.

—Tal vez sea mejor así, porque no sé si sabré dominarme en un trance semejante, capitán Granger...

El oficial de policía de Los Ángeles se mantuvo en silencio, mientras Lester leía la agenda-diario de la infortunada muchacha, enterándose de tiernos e ingenuos detalles de su vida en la residencia, de su afecto por Allyson, de su antipatía instintiva hacia otras muchachas, especialmente una llamada Peonia *Waters*, capaz de las mayores ruindades. Pero esas alusiones eran breves, comparadas con los elogios vertidos entusiásticamente hacia su entrañable amiga Ally...

—Sí, Kirk... —Sus ojos enrojecidos, arrasados por el llanto, estaban algo más serenos, y ya forzosamente secos. Estrujó el pañuelo entre sus dedos—. Ha sido un golpe terrible...

—Ally, tienes que rehacerte. Pudo ser cualquier otra. Pero ella estaba en la calle a esas horas, él debió encontrarla y...

Dejó la frase en el aire. Allyson tuvo una convulsión dolorosa. Mordió el pañuelo.

—Todo fue culpa nuestra. Papá... Papá no quiso que yo fuese al aeropuerto anoche...

—Eso quizá hubiera empeorado las cosas. Imagina al criminal siguiendo a dos mujeres solitarias en vez de una. Hubiera sido un doble crimen. La serie no terminará con Maisie Scott, si no se le da caza lo antes posible.

—Aun así, siempre me culparé por lo ocurrido. Y a papá por no permitirme ir a recogerla...

—Tu padre obró sensatamente, ya lo has comprobado. Ahora es un peligro andar sola por ahí. Especialmente, a ciertas horas de la noche. Aunque el primer crimen, el que yo presencié, se cometió a plena luz del sol... Pero ese criminal es como los escorpiones. Se oculta durante el día, ataca en la oscuridad de la noche, ocultándose luego otra vez. Algunos periódicos le llaman ya «el Alacrán Humano». Todo, porque un alacrán picó a Sigríð Hasse antes de ser atacada por un pico más mortífero, de puro acero... Los reporteros tienen imaginación, les gusta lo melodramático.

Allyson no comentó nada. Parecía sobrecogida por el horror que le rodeaba, por la noticia tremenda de aquella mañana. Ya no era la muchacha animosa del día anterior, ni mucho menos. La tragedia había dejado hondo surco en su expresión angustiada y triste.

Lester se incorporó, sin que ella pareciera advertirlo siquiera. Abandonó su *bungalow*. Se alejó a la luz del sol matinal, con la imagen dolorosa de Allyson Foreman en la mente. El padre de la muchacha se cruzó con él a escasa distancia. Deambulaba por los jardines del Nevada Hotel, abstraído y sombrío.

—¿Ha visto a Ally? —le preguntó, apenas verle.

—Sí, Foreman. Está muy afectada.

—Es lógico. Era su mejor amiga. La única. Y lo cierto es que me siento responsable...

—No, usted no. Obró como lo hubiera hecho cualquier otro.

Todo parecía seguro. Algo tuvo que ocurrir para que Maisie confiase en alguien y se detuviera, en vez de entrar en el hotel. Quizá ella pensó que todos los californianos eran amables... y cometió un trágico e irremediable error.

—Que tal vez hubiera alcanzado también a mi hija, de haber ido ella a recibirla.

—Es una posibilidad demasiado lógica, sí. Hizo usted bien en prohibírselo.

—Sí, pero me pregunto, Lester, si ella pensará ahora lo mismo...

—Y preocupado Lucky Foreman continuó su paseo, de regreso al *bungalow*.

Kirk Lester no sabía qué hacer ahora, disfrutando de total libertad y sin peligro ya de ser acusado por la policía de presunta culpabilidad en la serie de horribles asesinatos.

Quizá por ello se acercó al Zoo Park. Y sacó un billete, entrando en el recinto feriado dedicado a la exhibición de animales salvajes.

El Terrario estaba cerrado al público. Morbosamente, corrillos de asistentes al parque rodeaban el lugar, haciendo comentarios que nada tenían ya que ver con los animales allí alojados.

Los crímenes del asesino de la pinza de oro eran el tema del día en todas las bocas. Había un cierto clima de tensión, tristeza y opresión dentro del recinto. La alegría natural de un lugar de esparcimiento brillaba por su ausencia, pese a la afluencia de curiosos, periodistas, reporteros y toda clase de personas interesadas en el asunto por una u otra razón.

Kirk pasó de largo por el Terrario. Se detuvo en el Acuario, y contempló luego el Acuarium. A la puerta.

Nelson McDiver, puesto en libertad también por la policía, reparaba con otros hombres una de las taquillas del recinto. Kirk estudió su inofensiva mano ortopédica, preguntándose quién llevaría la otra, la que asesinaba. Y que había sido más de una, ya que a él le dejaron una pinza como indicio acusador, cuando la llamada anónima, y luego se utilizó otra gemela para terminar con la vida de la infortunada inglesita recién llegada a California.

«Más de una... —se dijo de repente Kirk, recordando la pieza dorada que le mostrara, acusador, el sargento Lundigan, y la que más tarde asesinaría a Maisie Scott—. ¿Por qué tener más de una

mano ortopédica afilada...?»

Evocó los crímenes por su orden correcto. La playa, el asesino huyendo en la furgoneta... El zoo, la empleada chicana... El Terrario, con el cadáver de Jassmin West, muerta antes de medianoche... La carretera, con otro asesinato cometido a las dos de la madrugada, aproximadamente... Dos muertes en una sola noche. Gran esfuerzo del asesino.

Mecánicamente, se fijó en Homer Wallace. Venía con un pequeño vehículo de la feria, conduciéndolo con una carga de carteles y fotografías para el Acuarama. Era un pequeño triciclo, y estaba provocando cierta confusión entre la gente, por deambular por la izquierda de la alameda. Al final rectificó, y se detuvo ante el pabellón del delfinario, para trabajar. Ahora no tenía que ocuparse del Terrario, clausurado por la policía, y cumplía otras tareas en el zoológico.

Lester siguió adelante, pensativo. Carruthers y su esposa salían del edificio de dirección discutiendo vivamente. Cole les contemplaba desde un ventanal, con expresión colérica...

Lester suspiró profundamente. Había muchas pasiones allí, quizá demasiadas. ¿Alguna de ellas tendría relación con aquellos crímenes?

Kirk se paró de repente. Una idea brusca le había asaltado. Miró un teléfono público y se acercó a él. Puso unas monedas. Esta vez marcó un número, pero no habló anónimamente.

—¿Capitán Granger? —preguntó, al establecer comunicación.

—Sí. ¿Es usted Lester? —indagó el oficial.

—El mismo. Reconoció mi acento británico, ¿eh, capitán?

—Es inconfundible. Ustedes, los ingleses, resultan diferentes a todos.

—Exacto. Acabo de comprobarlo, capitán. ¿Qué sabe usted sobre Homer Wallace?

—¿El tipo del Terrario al que usted sacudió el golpe? Lleva ahí poco tiempo trabajando, pero es eficiente y cumplidor.

—Lo sé. ¿Es inglés, capitán?

—¿Cómo lo supo? Sí, es nacido en Inglaterra. Le hemos investigado, al arrestarlo ayer. Colaboró de mala gana, pero lo hizo. Dice que lleva tiempo en los Estados Unidos.

—No es cierto. Si lo llevase, no conduciría por la izquierda

todavía. Acabo de comprobarlo. Capitán, ¿qué más sabe de él? ¿Tiene amigos, familia...?

—Es casado, pero su esposa está en Inglaterra. Es todo lo que sé de él.

—Averigüe algo más, capitán. Puede ser importante. Sepa quién es su esposa, qué vida llevó allí, cuándo ha venido a los Estados Unidos, cuáles pueden ser sus antecedentes y todo eso.

—¿Qué le pasa con Wallace? ¿No le cae bien ese hombre?

—No es eso. Sólo se trata de una corazonada. ¿Lo hará, capitán?

—Está bien. No cuesta nada obtener informes. Los pediré con urgencia. Ya nos veremos esta noche. Si quiere, cenaremos en el hotel, para cambiar impresiones.

—De acuerdo —afirmó Kirk—. En el hotel a las ocho, capitán Granger.

Colgó, pensativo. Luego siguió adelante, recorriendo la feria del parque zoológico, con aire abstraído. Estaba esperando con impaciencia las ocho de aquella noche.

CAPÍTULO X

Quiso invitar a la cena a ambas muchachas, pero ni Allyson Foreman ni su amiga Candy Astor se hallaban en el hotel. Lucky Foreman le informó de que su hija y Candy habían salido juntas para distraerse un poco, yendo de compras a San Diego, y volverían sobre las nueve o nueve y media, para acostarse pronto y asistir al otro día a los funerales por Maisie Scott.

Kirk se limitó a sentarse en el comedor al aire libre del hotel, frente a las iluminadas piscinas. Pidió unos Martini para él y el capitán Granger. Cuando le vio llegar, acompañado de Lundigan, rectificó, pidiendo otro Martini.

—¿Y bien, capitán? —indagó, apenas se sentaron ellos—. ¿Algo sobre Homer Wallace?

—Sí. Todo parece correcto, aunque usted tuvo razón. Él ha venido a los Estados Unidos hace solamente diez días. Y lleva siete con Carruthers como empleado. En Londres era jardinero. Y estaba empleado como tal. Se casó hace unos meses. De su esposa sólo sabemos que se llama Peonia Wallace, pero ignoramos su apellido de soltera aún. De ella, ignoramos su paradero actual.

—Peonia... —repitió Kirk—. Es un nombre poco corriente y, sin embargo, lo he oído hace poco en alguna parte... Peonia Wallace... No, no era eso... Peonia... ¡Peonia *Waters*, sí!

—También me suena —arrugó el ceño Lundigan—. ¿Quién es ella, Lester?

—Capitán, ¿dónde trabajaba Wallace como jardinero? ¿Lo sabe usted acaso? —indagó excitadamente Kirk Lester de pronto.

—No. Sólo sé que en algún recinto, al sudoeste de Londres...

—El sudoeste... ¡West Ham, capitán! —exclamó Kirk, palideciendo.

—Puede ser, no lo he comprobado. ¿Qué le ocurre? ¿Qué está pensando?

—Estoy pensando en unas fotografías, en unas muchachas rubias, en un internado de señoritas, en algo que no logro entender del todo... Capitán, el asesino del garfio dorado no es uno solo, sino dos.

—¡Dos! ¿Qué es lo que dice? —protestó Lundigan—. Estos crímenes siempre son obra de solitarios...

—Es lo que han pretendido darnos a entender desde un principio... La mano ortopédica, la serie de asesinatos... Todo está preparado, es una simple farsa, una escenografía sangrienta y horrible. Pero quien es capaz de matar una vez, mata dos, tres, cuatro o las que sean, si el botín vale la pena.

—Lester, no entiendo una palabra —rezongó Granger.

Se volvió Kirk. Lucky Foreman venía hacia su mesa con pausados andares. El joven inglés saltó como disparado por un resorte. Corrió al exgánster. Le preguntó algo en tono bajo, y él le miró, atónito, sin entender. Kirk insistió:

—Por favor, es muy importante. Vital quizá. Le ruego una respuesta...

Foreman, perplejo, se encogió de hombros. Meneó la cabeza de lado a lado.

—No —dijo escueto.

Y esa sola negativa pareció espolear a Kirk. Exclamó, alarmado:

—¿Le dijeron ellas adónde iban a estar esta noche? ¿En qué zona de San Diego?

—¡Cielos, no...! —Inquieto, el hombre condenado a morir le contempló, vacilante—. ¿Por qué lo pregunta, Lester? ¿Qué es lo que sucede?

—Quiera Dios que aún no haya sucedido nada, pero el último crimen, la quinta víctima, está a punto de producirse, si no lo remediamos a tiempo.

—¡Ally! —jadeó el exgánster, mortalmente lívido—. Puede ser ella...

—Es preciso encontrar a Ally antes de que sea tarde —dijo Kirk, enfático.

—Pero... si va con Candy Astor... —Granger pestañeó—. No pretenderá que una mujer...

—El error de todos estuvo ahí —dijo roncamente Kirk—. Los dos asesinos son hombre y mujer. Unos esposos unidos en un plan

diabólico para obtener una fortuna... Uno mató a la sueca, otro a la chicana... Uno a Jassmin, otro a Maisie... Y ahora viene el crimen que cierra la serie...

—¿Por qué el último, Lester? —dudó Lundigan—. ¿En qué se basa?

—En que el ciclo se cerró. Hay que matar a alguien más para darle forma a la gran coartada. Y eso es lo que se ha preparado para esta misma noche.

—¡Hable de una vez, Lester! —pidió Granger, abruptamente.

—No hay tiempo. Tomemos un coche y partamos hacia San Diego inmediatamente, capitán. Si no hallamos a tiempo a esas dos mujeres, a Candy y a Allyson... una de ellas morirá a manos de la otra. ¿Es que no lo entienden?

Y sin decir más, ante el helado estupor de sus tres oyentes, Kirk Lester se precipitó a la carrera hacia el exterior del hotel.

Momentos después, la cacería se iniciaba vertiginosamente.

—Pudimos haber llegado en taxi hasta el hotel. No me gusta andar de noche por estos lugares, después de lo sucedido estos días...

—No temas. No va a sucedernos nada. Somos fuertes, muchachas deportivas... Yo, al menos, soy lo bastante fuerte. ¿Tú no?

—Sí, pero no lo suficiente para enfrentarme a un paranoico asesino.

—¿Paranoico? —rió su compañera, burlona—. Oh, querida, eso es lo que cree la policía. Tal vez el criminal no sea ningún paranoico, aunque haga creer que lo es.

—Forzosamente ha de estar loco. De otro modo, ¿por qué asesinaría a todas esas mujeres indefensas? Cuando no existe un motivo razonable, la demencia es la única explicación lógica...

—¡Demencia...! —rió la otra—. ¡Qué simple resulta justificarlo todo así...! Claro que si el asesino es lo bastante listo, ¿quién no creería tal cosa, aunque todos los crímenes tengan una explicación fría y verosímil?

—Creo que divagas. ¿Qué explicación le verías tú a estos asesinatos?

—¡Oh, imagina...! Imagina, querida, que sólo una de las cuatro víctimas debía morir. Y que las demás forman parte de una coartada

gigantesca, de un truco ingenioso pero forzosamente cruel. Y la víctima elegida, perdida entre otras tres o cuatro más, pasa inadvertida para todos. Y con ella, el móvil auténtico. El que nadie intuyó siquiera. El que nadie imaginará jamás...

—Hablas como si eso fuera posible. ¿A quién querrían matar, de entre todas las elegidas por el maníaco? Ninguna se relaciona entre sí...

—Exacto. No hay por qué. Puesto que la víctima no tiene relación alguna con nadie, ya que es una persona que viene del extranjero, esperando divertirse aquí unas semanas...

—¿Qué... qué quieres decir? ¿Una turista?

—Algo parecido. Una chica que viene a reunirse con una amiga entrañable. Pero imagina tú cómo reaccionaría esa chica si, al verse cara a cara con su amiga, exclamase, asombrada: «¡Pero si esa mujer no es mi amiga! ¡Ella no ha sido nunca la hija de Lucky Foreman! ¡Yo conozco a esa chica como Peonia *Waters*, la peor y más perversa de mis compañeras de internado!». ¿Te lo imaginas, querida Candy? —sonrió malignamente Allyson Foreman, deteniéndose de repente en el sendero oscuro, en plena noche.

Y su mano izquierda, que había ido hundida durante un tiempo en una bolsa repleta de compras hechas aquella tarde, reapareció enfundada en una mano ortopédica dorada, centelleante e incisiva como una hoz.

Candy Astor, horrorizada, contempló aquello, empezando a comprender demasiado tarde...

Estaban solas en un paraje solitario. Las luces del hotel y del zoo se veían lejos. No era la carretera principal a San Diego, sino un sendero secundario, nada frecuentado. La noche allí era oscura y ominosa.

—Ally, dime que bromeas, que estás fantaseando... —jadeó roncamente, muy pálida.

—No. Sabes que no fantaseo... —dijo malévolamente Allyson—. Soy Peonia *Waters*, de casada Peonia Wallace, esposa de Homer. Hemos venido para llevar a cabo el plan. Ha sido fácil engañar al viejo Foreman. Él nunca vio personalmente a su hija, desde muy niña. Somos rubias ambas. Pero Allyson, la verdadera Allyson, reposa bajo tierra, allá en Londres... sin nombre conocido, sin

identificar. Tuve que empezar allí la serie sangrienta, Candy. Luego vine a América como la hija de Foreman. Maldita sea, no me acordé de la gran amistad de Maisie y de Allyson. Ni sabía de su promesa de invitarla a venir con ella. Tuve que sostener eso, y esperarla. Pero su llegada era mi desastre. Entonces proyecté esto. Matarla sólo a ella significaba centrarlo todo en mi caso y mi persona. Con otras víctimas, todo pasaba como una serie de un criminal loco. A Wallace se le ocurrió la idea de la zarpa de acero. Se lo sugirió la visión de la mano ortopédica de McDiver... Es un buen artesano. Él las fabricó, y ambos actuamos por turno, para darnos mutua coartada... Soy fuerte, Candy. Sabes que practico deportes, que soy atlética...

—¡No, no, Ally, eso es monstruoso, demasiado horrible para ser cierto...!

—Horrible, pero auténtico —se mofó la asesina agudamente—. Wallace y yo formamos una perfecta sociedad... Dentro o fuera del zoo... Yo denuncié a Kirk. Llamó Homer. Nos interesaba que él confirmase aquello de lo que fue testigo. Convenía dar fuerza a la teoría del loco de la mano ortopédica. Luego quedaría libre él, porque Lester no encaja en la teoría del demente morbosos. Buscarían a cualquier otro inexistente... La existencia de un supuesto loco es mi mejor coartada... y la de mis motivos. Ahora, Maisie ya no existe. Nadie va a descubrirme. Morirá el viejo Foreman, yo heredaré sus millones, los retiraré del Banco, y desapareceremos Homer y yo con toda esa fortuna, yéndonos muy lejos... Pero el ciclo debe tener una culminación. Matar en último lugar a Maisie, podría ser un grave error. Por eso ahora le toca a otra víctima. La quinta en Estados Unidos. La sexta en total, contada la verdadera Allyson Foreman, sepultada en Inglaterra... ¡Tú, preciosa!

Y levantó su alucinante mano ortopédica, sujeta a su brazo por un falso muñón en el que ella encajaba su mano, haciendo fuerza sobre el terrorífico instrumento mortal...

Candy Astor se vio venir sobre el rostro aquella espantosa curva dorada, centelleante, que iba a segarle cuello y faz, en un caos de sangre, y exhaló un agudo grito de terror, en la soledad sombría de la campiña silenciosa...

La luz del reflector cayó sobre ambas mujeres en el momento en

que el grito alcanzaba su mayor trémolo agudo.

Luego, envuelta en luz, Allyson Foreman fue fácil blanco del rifle de mira telescópico del sargento Lundigan.

El policía de San Diego no pudo andarse con miramientos. Era la vida de una asesina sin conciencia, o la de una muchacha en peligro de muerte. Alcanzó a Allyson, la falsa Allyson, en plena cabeza, rubia y hermosa.

Fue la forma de que las pinzas de muerte de aquella especie de escorpión humano, venenoso y cruel, que era Peonia *Waters*, no cayeran fatalmente sobre la belleza atemorizada de Candy Astor.

La bella pelirroja salvó así su vida y su físico, mientras la sangre corría sobre el rostro crispado de la asesina, y un alarido ronco, un estertor breve, escapaba de aquellos labios que, momentos antes, confesaron a Candy la horrible verdad.

—¡Candy! —voceó Kirk Lester—. ¡Candy Astor! ¿Se encuentra bien?

—¡Oh, Kirk, amigo mío! —estalló ella en un histérico sollozo, al oír la voz cordial y animosa de Lester—. ¡Dios mío, qué atroz pesadilla inesperada...!

Cayó en sus brazos, sollozando, como implorando protección y ayuda. Kirk la acogió en su pecho, comprensivo. Era agradable tener a una muchacha como Candy contra él, sintiéndola palpar de emoción, de nervios, de angustia.

Necesitaba consuelo, comprensión. Y Kirk sabía dárselo.

—Serénese, criatura... —murmuró junto a su oído—. Serénese, se lo ruego... Ya todo pasó. Había un alacrán humano, es cierto. Un alacrán de dorada y hermosa piel de mujer...

Y contempló el cadáver de Peonia *Waters*, tendido sobre el camino secundario hacia el Zoo Park.

El ciclo sangriento se había cerrado. Su sospecha fue cierta. Una trama diabólicamente ingeniosa y cruel, había fracasado, pese a todo.

La zarpa dorada de metal incisivo, ya nunca volvería o segar una vida humana.

—Y ahora, Lundigan, al zoo —oyó decir al capitán Granger—. Homer Wallace debe pagar su parte de culpa en la cámara de gas... ya que su cómplice está ya ante otro tribunal.

Candy seguía sollozando. Y seguía apretada, muy apretada a

Kirk Lester. Éste no pensaba molestarle por ello, ni mucho menos.

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.500 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 12 PTAS.

Impreso en España

NOTAS

[1] Durante la Segunda Guerra Mundial, San Diego fue una de las zonas militares activas en California, tanto como base aérea, como por su industria de material de aviación. Y aún queda algo de ello.

< <